

Guillermo Feliú Cruz

Medina

(1852-1930)

RADIOGRAFIA DE UN ESPIRITU

Las páginas que siguen tienen sólo una pretensión: dar a conocer el alma de un hombre extraordinario que ha hecho en la historia de la cultura universal, en las materias de las ciencias históricas que cultivó, la más prodigiosa labor de que haya memoria, al finalizar el siglo pasado y los primeros treinta años del presente.

Este hombre era chileno.

Ilustró el nombre de su patria y lo irradió por el mundo.

La naturaleza de su espíritu es lo único que interesa descubrir en estas líneas sencillas, escritas en la evocación de recuerdos.

¿Deberé decir que fuí su amigo y que trabajé con él?



EDINA era de baja estatura. La pequeñez del porte se hacía menos notoria por lo bien proporcionado de la envoltura física del cuerpo. Daba la impresión de un hombre fuerte, de una recia contextura.

Era, además, muy erguido.

Caminaba con paso seguro y rápido. La cabeza, de hermosa forma, la llevaba siempre levantada y echada hacia atrás. Al mirar por

sobre los lentes, que se montaban en la mitad de la nariz, veíase obligado a darle un movimiento de energía imperiosa.

No vestía con elegancia. Nunca cuidó demasiado de la indumentaria. Pero aun así, de su aspecto fluía prestancia y dignidad. Usaba ordinariamente chaquet de paño oscuro, que en los últimos años cambió por un vestón amplio a la americana. La impresión que producía su indumentaria sencilla, pero no descuidada, era de una gran sobriedad. En los días de invierno solía cubrirse con una capa española. En las solapas internas de ella, veíase el color verde desvaído de un terciopelo muy fino. Conservaba esa capa como un recuerdo de su permanencia en España cuando había sido Secretario de la Legación, en 1884.

Usaba unos zapatos amplios de una sola pieza y con elásticos en la parte superior.

Daban la impresión de botas recortadas, o de un zapato ordinario.

Sin embargo, este había sido un tipo de calzado muy frecuente en Chile en el siglo pasado y usado por caballeros de sociedad muy distinguidos. Enrique Matta Vial, fallecido en 1922, lo conservaba todavía, y hasta su muerte también lo usó Arturo Alessandri. Medina se había habituado a ese tipo de calzado desde su juventud, porque le era cómodo, y debía mandarlo hacer especialmente, costándole mucho más caro que el de moda.

A nosotros nos daba la idea de cosa muy vieja, de singular antigüedad.

Siempre llevó bastón. En una discreta empuñadura de plata, en el extremo de la cacha, se veía un monograma con las iniciales de su nombre y esta indicación, *Londres, 1876*. Este bastón lo había adquirido en su primer viaje a esa ciudad, en plena juventud, lo mismo que el reloj de bolsillo, un Walton de oro, comprado en Estados Unidos por esa misma fecha, y al que debía dársele cuerda con llave. Este reloj era cronómetro, a la vez, y cuando solía concurrir a las carreras lo usaba para medir el tiempo que demoraban los ca-

ballos en recorrer la pista. Lo oí decir que ese reloj no había sufrido desperfecto alguno en cincuenta y tantos años que lo acompañó.

El bastón de Medina jugó un importante papel en su hogar y en la Biblioteca Nacional. Cuando llegaba a su casa, se le conocía por el golpear característico que hacía en el suelo al caminar por el zaguán. Lo mismo en la Biblioteca Nacional. Se le advertía por los tres golpecitos sucesivos, seguidos de un brevísimo silencio, que producía en el mármol su paso por los corredores. Se sabía que los golpes del bastón señalaban casi siempre dos cosas: la hora de llegada de Medina a su Sala, dos de la tarde, y su presencia, que se anunciaba de esta manera. Los empleados decían al oír los golpes del bastón: "Viene don José Toribio". El personal tomaba entonces las disposiciones necesarias para ponerse a trabajar a sus órdenes.

Trabajar con Medina era una alegría. Siempre animaba, pero reprochando, rezongando. Nervioso, inquieto, rápido, aparentemente duro en el trato, en medio de la faena no faltaban los chascarrillos y los cuentos que hacían olvidar la jornada. Era locuaz y travieso, ingenioso y, sobre todo, a cada paso brotaban anécdotas y recuerdos.

Instalado en su mesa de trabajo de la Sala Medina le contemplamos muchas veces. Allí se sentaba sin descubrirse en el primer momento de un hongo que sumía hasta las cejas, y que después cambió por un sombrero de paño suelto, un calañés de fieltro plomo.

Le estamos viendo.

Su cabeza nos llamó siempre la atención por lo perfectamente bien modelada. La parte posterior del cráneo dibujaba una conformación recia, amplia, que descubría mucho mejor todavía la calvicie. El conjunto de ese cráneo parecía especialmente hecho para la escultura. El artista Col y Pi, en un pequeño busto de Medina, ha reproducido con extraordinaria fidelidad esa cabeza.

El rostro era serio y muy expresivo. El óvalo de la cara redondeado, se alargaba por una barba no muy poblada, que Medina cuidaba con gran esmero. Ella le disfrazaba el mentón que se hundía y que le quitaba al conjunto de la faz la corrección de las líneas.

Esta barba de Medina, muy rubia en la juventud, no alcanzó a platearla totalmente el tiempo de los años. Había tomado un color sal y pimienta, como dicen los franceses.

Algunos hilillos de oro todavía señalaban hacia 1930 el color de la cabellera en la juventud. El bigote no era abundante. Las canas no lo habían cubierto completamente; pero sobresalía el rubio opaco, que el humo del cigarrillo había pintado allí.

En las puntas del bigote, las guías eran aún rubias, con un dejo blanquecino.

La boca era grande, amplia, sensual, diría yo.

Los labios eran gruesos. El superior se contraía en un rictus que hacía un gesto poco simpático, y que Medina disimulaba con el bigote.

Iluminaba todo el rostro un color encendido, sanguíneo, que hablaba de un extraordinario vigor físico. En los dos últimos años se fué perdiendo ese color que habló de una lozanía juvenil, para transformarse en cetrino.

A todo ese conjunto le daban vida los ojos.

¡Ah! ¡Los ojos de Medina! Eran pequeños. De las órbitas avellanadas resaltaban dos luces azules inquietantes, vivas, rápidas, despiertas, insinuantes e inquisitoriales. La mirada de Medina traspasaba y ponía a su faz una rara luminosidad de energía, de acción, de movimiento.

El resplandor de sus ojos, intensamente azules, comunicaba una encantadora animación de alegría a su conversación, a la charla, cuando se encontraba con sus amigos íntimos. Absorbido por una preocupación o una contrariedad, esos ojos parecían contraerse en un solo punto y la mirada fulminaba. No necesitaba hablar para ser comprendido que la incomodidad le embargaba.

¿Qué relación había, en esos instantes, entre las centellas, que eran los ojos, y la frente que se quebraba?

Esta era amplia, levantada, y echada hacia atrás. Tersa como la de un niño. Pero en los momentos de inquietud, se hundía el entrecejo en un surco profundo que la dividía exactamente. La misma actitud fulminante de la mirada, en su penetración, y la misma contracción de la frente, se dibujaba en las horas intensas del trabajo, en las de investigación, en las de lecturas, o bien cuando las consagraba a escribir.

Las cejas no eran abundantes.

Lo evocamos en nuestro recuerdo tal como lo vemos.

Se nos acentúa más la visión al contemplarlo inclinado en el escritorio leyendo pruebas, anotando papeles o escribiendo a máquina. Y nos saltan a la memoria otros rasgos de su efigie noble y severa. La nariz era larga, perfilada, pero sin ningún rasgo especial. Los lentes con guarnición de oro, de los cuales caía un cordoncillo de seda, montados sobre la mitad de la nariz, completaban su fisonomía.

¿Por qué ésta siempre nos ha traído a la memoria la de Hipólito Taine y la Lamprecht?

No hay duda de que hay un parecido evidente con la suya.

Medina tenía un temperamento nervioso.

Hablaba en forma rápida y cortante. Parecía que siempre daba órdenes o que se encontraba en actitud de protesta. Todo eso no era más que una apariencia, una manera de ser puramente superficial. Lo que acusaba la inquietud nerviosa del temperamento era la mirada, la movilidad de las manos, la rapidez de los movimientos.

Las manos de Medina carecían de delicadeza.

Eran las de un trabajador manual. Fuertes, nervudas, los dedos pequeños y gruesos, las uñas duras y rugosas. Los pulgares eran como unos garfios y los índices como la punta de una lanza. La base de las manos adquiría un ancho sorprendente. Las dos manos cruzadas eran un conjunto de nervios de acero, porque las venas re-

saltaban como hinchadas y las coyunturas superiores se demostraban como las gruesas cabezas de tornillos.

Cuando investigaba, esas manos nunca estuvieron en paz.

En forma vehemente golpeaban los dedos la mesa como si se encontrara marcando las palabras de un despacho en un aparato telegráfico. Otras veces éstos se movían ágilmente para dar vueltas las páginas de los libros con una rapidez incesante. En otras ocasiones, las manos se extendían ansiosas sobre el libro o el documento.

La actitud corriente de las manos en las horas de descanso era la de dos puños fuertemente cerrados, listos para golpear sobre la mesa.

La energía estaba reconcentrada en esas formas.

La letra de Medina era menuda por lo general.

Dos aspectos se pueden distinguir en ella y que corresponden a la naturaleza de los escritos. Una letra más amplia, era la usada en la correspondencia, y otra muy pequeña, en las anotaciones de sus estudios. Con esta última, llenaba en una página el mayor número de líneas. Los signos son claros y rara vez enmendaba lo escrito. Las correcciones en los originales son más bien de puntuación que de estilo o de redacción.

El pensamiento está volcado sin esfuerzo.

Cuando le veía escribir con la pluma me llamó siempre la atención el movimiento que tomaba la mano derecha. La pluma no se deslizaba sobre el papel. La mano empujaba un punzón para hacer pequeñas clavaduras. Eran incisiones las que hacía con la pluma. La mano tomaba entonces un balanceo muy original. La izquierda estaba siempre jugando y cuando sostenía el papel con un dedo, los otros golpeaban suavemente en un ritmo que debió estar de acuerdo con el desarrollo del pensamiento.

Rara vez, sin embargo, Medina usó de la pluma para escribir sus libros.

Mis observaciones se refieren, más bien, a su correspondencia, a sus notas de estudios, a la confección de papeletas bibliográficas.

La máquina de escribir fué el instrumento capital para componer sus obras. Fué acaso el primer escritor chileno que la usó. Nos refirió que durante su primer viaje a Estados Unidos, en 1876, le sorprendieron las ventajas infinitas de este invento y que quiso adquirir una en Nueva York. No pudo hacerlo por encontrar muy subido el precio, y en París su aspiración quedó satisfecha al conseguir una en un valor que se ajustaba a sus haberes. Allí aprendió su uso.

Sin embargo, la máquina no lo acompañó en sus otros viajes por Europa. Era demasiado pesada y hacía un bulto incómodo para llevarla en sus peregrinaciones. La envió a Santiago, y de regreso, en esa máquina de escribir, compuso los últimos capítulos de *La Historia de la Literatura Colonial*.

Recordábanos Medina que Vicuña Mackenna, con quien el erudito mantuvo la más leal y ferviente amistad, ensayó escribir en esa máquina pero sin resultados. Al autor de la *Historia de Santiago* le parecía más rápido su lápiz, que no aquel instrumento.

En el curso de la Guerra del Pacífico fué Medina designado Auditor de Guerra del Ejército de Reserva y más tarde Juez de Letras de Tarapacá. En esas funciones debía escribir muchos oficios, sentencias, notas y diligencias judiciales, y a fin de evitarse las copias, encargó a su hermano Alejandro le enviase la máquina de escribir. Le correspondió presentarle al General en Jefe un escrito hecho en su máquina, pero la superioridad le ordenó en forma terminante abandonar ese procedimiento, porque los escritos eran susceptibles de borrarse. La máquina hubo de ser devuelta a Santiago, y en la aduana de Valparaíso al caer el cajón que la contenía, sufrió tan serios desperfectos que no pudo usarla hasta no conseguir repuestos en su segundo viaje a Europa.

El relato aislado de este hecho sólo apunta un caso simplemente curioso.

El debe ser relacionado, sin embargo, con otros que nos hablan del espíritu de Medina.

La pasión del investigador se despertó en los estudios de las ciencias naturales, en la entomología, luego en la arqueología. Ahora, durante su primer viaje a Europa, en la adquisición de un instrumento mecánico para escribir; después, en la Guerra del Pacífico, con un invento que sirviera en el Parque de Artillería para el rápido transporte de las balas, y ya está en camino, hacia este tiempo, por adueñarse de los secretos del arte de imprimir. La posesión de una imprenta será dentro de poco su mayor preocupación. En 1888, ensayará sus condiciones de tipógrafo con una pequeña imprenta, establecida en el segundo piso de su casa habitación de la calle Duarte, número 9. Fué su primera imprenta. Los tipos los adquirió en París.

Sin embargo, de su afición por los instrumentos mecánicos para la simplificación del trabajo intelectual y su inventiva para desarrollarlos y aprovecharlos, Medina no fué un buen dactilógrafo o mecanógrafo.

Escribía sólo con el dedo índice de la mano derecha, con una pasmosa agilidad. Golpeaba con violencia las teclas, especialmente la que correspondía a la letra *d*.

El mecanismo de las varillas se le echaba a perder con frecuencia y los signos de la letra se le borraban fácilmente. A fin de amortiguar el golpe en la letra *d*, Medina colocó allí una tapa de corcho.

Su espíritu industrial le llevó a convertirse en mecánico de su propia máquina, la que desarmaba con facilidad y hasta fabricaba, con el material de su imprenta, los repuestos que le faltaban.

Sentía predilección también por los trabajos de carpintería. Muchas de las cajas que contenían sus colecciones numismáticas las había hecho él. Era dueño de una caja completa de herramientas y de otra con los utensilios de cerrajería. A esta clase de trabajos se entregaba en su casa de habitación y en la quinta de San Francisco de

Mostazal con verdadero placer, porque estas labores manuales lo distraían de sus faenas de escritor, según decía a sus amigos.

En el taller de encuadernación de su imprenta, aprendió el oficio y muchos de los libros de su biblioteca están empastados por él. Yo recuerdo, por habérmelo dicho, que el *Epítome Chileno de Santiago de Tesillo*, publicado en 1911, fué compuesto tipográficamente por sus manos y empastado, en una encuadernación de lujo, por él mismo. El ejemplar está en su Biblioteca.

Estas distracciones sencillas y las preocupaciones por su obra, repartida en tantos aspectos de las ciencias históricas, le absorbían completamente su tiempo, y le crearon a Medina un mundo propio, en que sus aspiraciones fueron satisfechas por él en la medida de su fortuna personal, que nunca fué grande, ni cosa parecida.

El mundo propio que se construyó y en el cual encontraba las modestas satisfacciones de su temperamento, sobrio y llano, han hecho surgir la especie de que Medina era un hombre de pocos amigos. Se ha dicho, en efecto, que su carácter era huraño, poco abierto a las espontaneidades y de escaso trato social.

Los que han hecho esta observación resbalaron superficialmente la psicología de Medina y no vieron ni comprendieron más que la exterioridad de un carácter reciamente chapado a la antigua.

Para explicar el suyo tengo que volver muy atrás y anudar los datos íntimos que recogí de él y que confirman sus papeles también íntimos.

Voy, pues, a reconstituir con esos datos su psicología.

La niñez y una parte de la primera juventud de Medina, fueron contrariadas por influencias diversas que se desarrollaron en el propio hogar. Algunas de esas influencias le dejaron amarguras.

Su padre fué un hombre culto, fino, que entretuvo su juventud con las musas. Era un poeta romántico. La suerte no le fué siempre sonriente. En la magistratura, ya que no en el ejercicio de la abogacía, encontró la ruta de un camino por el cual antes había andado sin éxito.

Las cartas a la esposa, doña Mariana Zavala, lo revelan como un hombre alegre, de gran optimismo. La vena andaluza de su sangre se ve saltar en el buen humor para sobrellevar las dificultades de la lucha por la vida, que fueron para don José del Pilar Medina serias, agrias y constantes.

La judicatura le dió el buen pasar que anhelaba cuando ya el hogar había sido poblado por dos hijos. Cuando para ese juez se abría un porvenir brillante en el Juzgado de Comercio de Valparaíso, el padre de Medina cayó enfermo, a los treinta y cinco años, de un mal del cual no se repondría jamás. Una hemiplejía le hizo perder el uso de las piernas y lo dejó postrado para siempre, en 1862.

Ese carácter alegre se tornó sombrío por la desgracia.

La enfermedad lo había arrebatado cuando su hogar, formado a costa de tantos sacrificios y privaciones, comenzaba a dar la ventura de un trabajo fecundo.

Quedaba destrozado con una familia todavía en trance de educarse.

Los medios de fortuna, si no escasearon en ese hogar típico de clase acomodada, debieron administrarse con suma cautela. El golpe recibido por el padre hirió fuertemente al hijo, entonces un niño.

El espectáculo de un hombre que había sido fuerte, robusto, inteligente, alegre y culto, ensombreció el alma del niño. La imagen de su padre postrado en una silla de ruedas, incapaz de atender a sus necesidades, casi siempre solo, distante de sus amigos, preocupado del porvenir de su esposa e hijos, no se desprendió nunca de la retina de Medina.

Fué la primera amargura de la vida. Además, le amaba con ternura, y vivió para complacerle, aun cuando en esas complacencias tuviera que doblegar lo más personal de su carácter.

Fué ésa también otra circunstancia que le restó a su alma espontaneidad.

El padre de Medina gustaba de la vida social, de la conversa-

ción y de la charla. Era amistoso, por temperamento. Sus cartas lo revelan preocupado de las actividades de la vida social, de las modas, de los bailes, de todas esas grandes y pequeñas cosas que se desenvuelven en la existencia de los salones, de las tertulias y de las conversaciones de los individuos que viven en continuo trato y se comunican lo que saben y lo que oyen.

La enfermedad lo alejó de las relaciones sociales y de las conversaciones sobre la política, por las cuales sentía particular interés. Sus amigos fueron, así, escaseando poco a poco.

Los más amigos se retrajeron; los conocidos no se vieron más. La constante advertencia del padre acerca de la inconstancia de la amistad, repercutió en el corazón del niño como una sabia lección de prudencia. Hasta la casa del inválido, en efecto, Medina sólo vió llegar a dos viejos compañeros del ex juez y un solo correligionario montt-varista. Aquellos otros que habían concurrido a su casa desaparecieron para siempre.

Fué ésta una experiencia recogida en carne propia.

La madre de Medina, la señora doña Mariana Zavala, de gran resolución moral, de considerable empuje para sobrellevar la adversidad que le había impuesto el destino, se encontraba dotada de una voluntad heroica, herencia que se revela en Medina y que acusa en su sangre el rasgo vasco de su ascendencia. Aquella señora, que había sufrido con su esposo los infortunios de la formación de un hogar pobre y que alcanzó a vislumbrar la felicidad moral y material al derrumbarse el jefe, concentró su amor en el pobre desvalido y en sus dos hijos queridísimos. Pero no fué el suyo ni un amor de palabras ni de mimos. Fué de trabajos para el hogar, de sacrificios, de dura fortaleza y de resignación en la contextura de aquellas criaturas. Los quiso hacer de hierro para las acechanzas de la suerte. Los quiso moldear en la convicción de que debían bastarse a sí mismos y no esperar ayuda de nadie.

Medina bebió esa enseñanza.

El andar del tiempo acreció las diferencias de puntos de vista entre el padre y el hijo acerca de la orientación de su vida.

El padre no entendió nunca las aficiones y gustos científicos y literarios de Medina. Siempre lo contrarió.

¿Era porque él no consiguió éxito en las letras?

¿Era porque estaba convencido de que ellas llevaban a la indigencia?

Nadie hasta entonces había ganado una fortuna con la pluma.

Eso era cierto.

Pero ¿cómo explicar que un hombre culto como ese ex juez, que había puesto en manos de sus hijos los mejores autores de la literatura clásica española y francesa, se volviera contra las aficiones del hijo, que en el fondo era el legado de su herencia intelectual?

Quería para Medina un mundo mejor. Por eso, cuando comenzó a escribir en las revistas, se convirtió en un áspero crítico de sus producciones, capaces de llevar al desengaño.

Si investigaba en el extraño mundo de las ciencias naturales, en la entomología, le hacía presente que nunca tendría fortuna ni sería nadie.

Si leía los cronistas, le desalentaba porque le deformarían el estilo literario.

Buscaba para el hijo las exterioridades brillantes que dan la fortuna y la figuración social.

Medina sintió los sinsabores del contratiempo que tan de cerca le venían y al cual se unía, a la vez, la incomprensión materna. Debía consagrarse a las aficiones irresistibles de su espíritu a ratos escondidos, en el propio hogar. Muchas veces le sorprendió la interrogación del padre, desde su lecho de enfermo, a altas horas de la noche, para preguntarle por qué estaba con luz. La luz era una vela que alumbraba las vigias de sus lecturas. Y al apagarla, sentía el enojo del ser querido y la amonestación suave de la madre idolatrada. (Textual).

Estos días de la formación intelectual de Medina están llenos de dolor y de una terrible incompreensión.

El padre miraba hacia el espejo que le representaba al hijo en un esplendoroso porvenir.

¿Cómo lo veía? Se lo imaginaba como un abogado con gran clientela; lo quería hecho un político de poderosas influencias; lo soñaba dueña de una gran fortuna y con vastas relaciones sociales.

La madre deseaba sólo que tuviera fortuna para asegurarse de las traiciones de la suerte de la vida, porque el espectáculo del marido, en su invalidez, le había hablado muy hondamente del valor del dinero.

Medina era ajeno a todo ese oropel y no le interesaba. En el fondo de su espíritu comenzaba a sentir el divorcio entre las intenciones del padre y las suyas, y del corazón veía alejarse también, por ser completamente contrarias, a las que brotaban de lo más íntimo de su pensamiento, las aspiraciones y ensueños de la madre.

Estaba solo en ese trance en que las ilusiones intelectuales más fervorosas no encontraban estímulo ni simpatías.

A Medina le parecía un contrasentido que su padre, que había sido poeta, un hombre de letras, un amante decidido del cultivo intelectual, que en sus manos había puesto los mejores autores y siempre le había acentuado el verdadero mérito de un joven ilustrado, no lo animara en sus preocupaciones literarias y científicas, y no fuera él quien lo guiara en la ascensión de ese camino.

La madre, por otro lado, había tomado en el hogar, ante la impotencia del jefe, su dirección. Vigilaba hasta en los menores detalles la vida de los dos hijos. Los quería puros de alma y de cuerpo, y hacía cuanto podía por alejarlos de las pasiones que se despiertan en el trance de la adolescencia a la juventud.

Controlaba las relaciones de los muchachos con sus amigas y amigos; se informaba de los antecedentes de las familias y de las costumbres de los mozos.

El cuarto de habitación de Medina colindaba con el dormitorio

de sus padres y siempre estuvo comunicado. Hasta los veinte años, la madre les mantuvo estrechamente a su lado. Los jóvenes, cuando se recogían tarde, y tarde era entonces, para ellos, las nueve o diez de la noche, estaban obligados a pasar al dormitorio de los padres y besarlos en la frente.

Debían levantarse muy temprano. A las siete de la mañana, en invierno, y a las seis y media, en verano, y los saludaban con un beso.

Los hogares de entonces eran escuelas de formación moral y de rígida disciplina corporal.

En el fundo de Chomedagüe, en la provincia de Colchagua, de propiedad de su abuelo paterno, el joven Medina se sentía más libre y a sus anchas. Los afectuosos abuelos y una tía vieja le daban una libertad ingenua. Las vacaciones las pasaba allí en constantes excursiones. Criaba palomas y gallos de pelea. En las excursiones, comenzó a juntar insectos por pura curiosidad.

La primera vocación del investigador científico que más tarde animaría Philippi, se generó al contacto con la naturaleza, estudiando la vida de esos seres y de los pájaros.

El amor al campo, a la arboricultura y a las faenas agrícolas, se desarrollaron también en la hacienda del abuelo. Medina fué siempre un admirador del campo chileno, cuyos árboles y plantas conocía con perfección, como lo demuestran los caudales de datos botánicos y zoológicos que fluyen de sus obras *Chilenismos* y *Voces Chilenas del Reino Animal y Vegetal en el Diccionario de la Academia*.

Ya en Valparaíso, donde residió mientras el padre fué Juez de Comercio, y, después, en Santiago, donde la familia debió acercarse, a la entrada de la calle Duarte (hoy Lord Cochrane), como consecuencia de la enfermedad de don José del Pilar, la libertad campesina concluía.

Doña Mariana volvía a tomar la dirección de los niños.

En el Colegio Inglés de aquella ciudad, que había fundado Pe-

dro Mac-Kay, se incorporó Medina en 1860, cuando lo dirigía Guillermo Linacre. Allí permaneció hasta los diez años, en 1862.

En la capital, los continuó en uno particular de Enrique Santa Olalla, pedagogo español.

El 13 de marzo de 1865, entraba al Instituto Nacional, a los trece años, incorporándose a la 3.^a de humanidades. Su asistencia en aquel colegio corrió a cargo de un caballero llamado Francisco Newman, que vivía en el Instituto.

La severidad de las costumbres de su casa fueron extremadas por Newman. Era éste un hombre duro, sin mundo, carente de comprensión. El niño Medina le tomó pavor a su apoderado. Esas diabluras y chanzas propias de la inquietud natural de la niñez, Newman las castigaba con encierros. Llegó a odiarle.

De acuerdo con el propósito del padre de educar a Medina para la vida social, en la que debería jugar un gran papel como profesional en la abogacía y en la política, le comenzó a dar la instrucción que requerían esas actividades.

Se le enseñó música. Estudió el violín por gusto y afición. Los días solitarios de la Auditoría del Ejército y del Juzgado de Tarapacá, donde vivió en un cuarto improvisado, en que hubo de construir algunos muebles trabajando como carpintero, los olvidó con el violín.

Esta afición por la música la conservó siempre, y aunque dejó el cultivo de ese instrumento por la absorción del trabajo de sus investigaciones y de la preparación de sus obras, en la ópera encontró una expansión a estas aficiones.

En este terreno de su educación social, el padre le hacía leer y practicar esos manuales de conversación que eran tan frecuentes entonces y le hacía observar las reglas de la buena educación consignadas en otros libros.

En el comedor y en el salón, debía demostrar el aprovechamiento de sus lecturas. Le enseñó a bailar con profesor, al igual que a su hermano Alejandro. Le formulaba por escrito preguntas y

respuestas para que se acostumbrara a hablar de acuerdo con lo que disponían los cánones de la buena educación.

La madre no era partidaria de esa educación. Comprendía que todas esas lecciones martirizaban al niño y al joven y que no darían resultado.

El concepto realista de la vida y la objetividad de su intuición, le hacían despreciar todas esas alegorías de la existencia social.

En esta apreciación, Medina coincidía con la madre. Pero el padre, acaso inspirado en las famosas cartas de Lord Chesterfield a su hijo, entendía que sacaría un gran provecho de la enseñanza. No comprendía que el trato es la mejor escuela de la vida social.

La madre, en cambio, fortalecía los hábitos de orden y de trabajo del joven. Prefería que Medina fuera sencillo en sus hábitos, capaz de ganarse la vida en un afán incansable por el trabajo.

Esta dualidad en la educación, dejó en Medina un sentido de retraimiento para la existencia activa en la sociedad, que era, precisamente, lo que buscaba el padre.

Medina se encontraba mejor con las ideas de la madre.

En una apreciación coincidieron los padres: en la estimación del valor del dinero como medio de imponerse en la vida. Sin embargo, en esta misma apreciación no estaban de acuerdo sobre la finalidad.

Para doña Mariana, el dinero conducía a la independencia del hombre para su propio bien. No deber nada a nadie, ni en favores, ni en plata, fué el consejo que siempre le dió. El dinero servía para atender las necesidades de la propia familia. No debía emplearse en otra cosa. La economía era un deber, porque así se aseguraba la vejez. Debía vivirse sin lujo, con modestia, pero con comodidad.

El ideal suyo era que el hijo tuviera una casa sin deuda alguna. Tenía aquella señora el concepto romano de la propiedad, y la estabilidad familiar arrancaba del hogar propio, con una buena despena.

Sentía horror por las inversiones en papeles bursátiles o ban-

carios. Ello era natural. Su padre había sido minero, el primero que explotó el salitre, y en los espejismos de las vetas de oro y plata del norte chico perdió la fortuna.

Doña Mariana había sentido las angustias a que condujeron las ilusiones en las empresas mineras de don Santiago Zavala. El dinero, antes que invertirlo en bonos, acciones u otra clase de papeles, debía ser facilitado a interés. Pensaba de acuerdo con lo que había visto en el norte, cuando los bancos no prosperaban todavía en Chile.

Don José del Pilar tenía otra noción de la finalidad del dinero.

Había que gozarlo. Pero el círculo en que debía distraerse no era en el de todos los amigos. Con unos cuantos, muy íntimos, había que expansionarlo. Y utilizarlo en el buen vestir, en mantener el hogar con lujo, con cierto fausto. Buena vajilla de porcelana, cuadros de pintura, esculturas, tapices, ricos muebles y alhajas, debían dar el distintivo del hombre con fortuna.

Así concebían las inversiones.

Ni aun el más íntimo de los amigos debía afianzarse. El dinero facilitado en préstamo al amigo significaba malbaratarlo y perder al amigo. En los consejos que dejó escritos para sus hijos, apenas se repuso un tanto del mal que le aquejaba, y acaso vislumbrando el próximo fin de su existencia, que no llegó tan pronto, les hablaba de la necesidad de acumular dinero, mucho dinero; de emplearlo en propiedades urbanas retiradas del centro que se encontraran ruinosas para repararlas y venderlas sucesivamente. Les aconsejaba no hablar jamás de sus negocios. Les dice que el hombre sólo vale por el dinero. A su juicio, era lo único que hacía considerar al individuo y le otorgaba rango.

¿Cómo influyeron estos consejos y los de doña Mariana en el espíritu de Medina?

Prefirió los de la madre.

Sus compañeros del Instituto Nacional y de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, que lo estimaban y apreciaban por la seriedad del carácter, lo encontraban severo para juzgarlos. Al-

gunos le parecían a Medina, juzgándolos con el criterio del hogar, dispendiosos, manirroto, desordenados y sin responsabilidad. Siempre se alejaba de las comparsas bullangueras que iban de fiesta o de jolgorio.

Formaba su grupo de no más de tres o cuatro amigos: Manzor, Silva, Rengifo y otros que no recuerdo. Poco a poco, los otros compañeros fueron distanciándosele, a medida que las lecciones del hogar obraban sobre su carácter y le iban formando una concepción externa de la vida. El subconsciente ya le hablaba de la necesidad de vivir solo, de sí mismo. Obraba el pensamiento de la madre.

Estas actitudes ¿descubrían egoísmo? ¿Hablaban de ausencia de generosidad?

Los datos que vamos a consignar dicen de lo contrario.

He aquí, por ejemplo, un caso.

Uno de sus compañeros, cuyos padres tenían una bastante regular fortuna, se vió envuelto en un feo incidente judicial, que afectaba a su honor. Lo amparó tenazmente en el juicio criminal, durante largo tiempo, sin cobrarle un solo centavo. En la defensa debió gastar una apreciable cantidad de dinero.

Citemos otro ejemplo.

Este es más conocido por haberlo referido él mismo.

En 1873, Medina se licenciaba en leyes. Había escrito como memoria de prueba un estudio sobre los fósiles considerados en el artículo 591 del Código Civil, es decir, el autor discutía allí el alcance que el legislador le había dado a esta palabra, entonces de actualidad, con motivo del desarrollo que alcanzaba la industria del carbón de piedra en Lota y Coronel.

La memoria, como era natural, fué sometida a la consideración de su padre, abogado y magistrado, versadísimo en derecho.

El tema le pareció mal, sin interés jurídico, y lo rechazó.

No comprendió que el joven había encuadrado el asunto de su trabajo dentro de sus inclinaciones científicas para vincularlas con lo

que el sentido legal entendía por materias fósiles y hasta dónde éstas eran susceptibles de clasificarse.

A pesar de que Medina consideraba su trabajo de interés y de gran novedad, complació a su padre y redactó una nueva memoria sobre un asunto abstracto. El tema versó sobre si la donación es un acto o un contrato.

Esta vez don José del Pilar quedó plenamente satisfecho y congratuló a Medina por haber desarrollado un tema que le había parecido espléndido.

Mientras tanto, la primera memoria la había obsequiado a su compañero Hermógenes Donoso que debía licenciarse junto con él. La Comisión Examinadora, integrada por los profesores Gabriel Ocampo, José Gabriel Palma y José Hurtado, felicitó al autor de la memoria intitulada *De los fósiles a propósito del Artículo 591 del Código Civil* y ordenó publicarla, como gran distinción, en los *Anales de la Universidad de Chile*. La suya, la que había escrito con el título *Si la donación es un acto o un contrato*, no había merecido ningún comentario especial.

El acto que recordamos demuestra la generosidad y desprendimiento.

Su amigo y compañero Donoso le agradeció aquel servicio y le autorizó, algunos años más tarde, para que dispusiera de la memoria como de su propiedad. En una carta espontánea le dice que no puede arrebatárle un mérito que le corresponde y que si aceptó presentar como suya esa memoria fué por una imprevisión de juventud. Se allanaba, con toda honradez, a que la incluyera entre sus obras.

Después de fallecido el amigo, Medina reivindicó aquel escrito. Hay delicadeza en ese rasgo.

A don José del Pilar le pareció ganada una gran partida con el recibimiento de Medina de abogado. El plan de lanzarlo a la vida pública por intermedio del foro, en el que se conquistan tantas relaciones, se iba a realizar. Pero quería algo más: vinculaciones so-

ciales, la obtención de una rápida fortuna y el ingreso a un partido político, donde pudiera destacarse también. Los años 1873 y 1874, en efecto, Medina los consagró activamente a la profesión. Trabajó en ella con uno de sus compañeros de leyes. Los asuntos civiles fueron a los que se dedicó. Sin embargo, su espíritu no se sentía bien en el bufete.

En este tiempo, para formarse una situación independiente; pero siempre con miras a sus preocupaciones intelectuales, comenzó a dar lecciones privadas en latín y en ciencias naturales. En 1872, en compañía de su amigo y condiscípulo Luis Manzor, que enseñaba química y física, ambos profesores reunieron catorce jóvenes de familias distinguidas, a los que dieron pasos en estas materias.

El dinero obtenido en tan noble forma le sirvió para adquirir libros para la ya en ciernes biblioteca americana y para completar su instrumental entomológico.

Datan de este tiempo las lecturas de los cronistas coloniales de Chile, reunidos en la *Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Historia Nacional*, publicados en 1861 por Juan Pablo Urzúa. Hasta 1873, habíanse editado las *Cartas de Pedro de Valdivia*, el primer libro de *Actas del Cabildo de Santiago (1541-1557)*, la *Historia de Chile* de Alonso de Góngora y Marmolejo (1536-1575), la *Historia de Chile* del Maestre de Campo Pedro de Córdoba y Figueroa (1492-1717), el *Cautiverio Feliz* de Francisco Muñoz de Pineda y Bascuñán; la *Historia Militar, Civil y Sagrada de Chile* de Miguel de Olivares, las *Guerras de Chile* de Luis TribalDOS de Toledo, los *Hechos de Don García Hurtado de Mendoza* por Cristóbal Suárez de Figueroa, los *Hechos de Don Alonso de Sotomayor* por Francisco Caro de Torres, las *Guerras de Chile* por Santiago de Tesillo y la *Crónica del Reino de Chile* por Pedro Mariño de Lobera, iniciada en el tomo V, aparecido en 1865.

El primer libro sobre América que leyó Medina fué el de Helps. Cuando instalábamos la Biblioteca de Barros Arana en la Nacional, en el que trabajó por gusto y respeto a su maestro, ayudándonos en

la clasificación de los libros, al caer en sus manos esta obra me dijo: —“Aquí tienes el primer libro sobre historia de América que leí cuando joven y que me gustó muchísimo”.

El libro de Arturo Helps, publicado en los años 1856 a 1868, tiene por título *The spanish conquest in America and its relation to the history of slavery and to the government of colonies*, Nueva York, 4 vols.

Le llamaban, con una poderosa fuerza interior, otras orientaciones: las ciencias naturales cuyo método le había dado a conocer Philippi, con severa rigurosidad, y el estudio del derecho, por otra parte, le había dado la ordenación del criterio en el campo de las ideas generales.

La política no le entusiasmaba.

Rechazó la Secretaría del Partido Nacional.

Después despreció la posibilidad de una candidatura a diputado.

La modestia y sencillez de la madre, en los hábitos y costumbres, obraba con fuerza ineludible. Era el mandato de la herencia.

Pero se encontraba obligado a satisfacer a su padre en las ilusiones que se había creado. Hijo muy amante y sumiso, procuró darle gusto. Le había pedido que se relacionara con el mundo social y que se formara una situación económica.

¿Cómo conciliar estas dos aspiraciones?

El medio social en el cual podía contraer esas relaciones, era la casa de un antiguo amigo de su padre, Adolfo Ibáñez, Ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Errázuriz, hombre de gran inteligencia y que por esos días luchaba con brillo y con denuedo en el sostenimiento de los derechos de Chile en el litigio de límites con Argentina.

El Ministro recibía en su hogar al gran mundo social.

Medina comenzó a frecuentar esa casa con asiduidad. En sus salones lucían las bellas e inteligentes hijas del Ministro, muy cultas, además.

Medina encontró allí afecto y simpatía.

Se dió cuenta que ese ambiente no era el suyo.

Del fondo de su temperamento surgía el deseo de la soledad, el ansia de encontrarse en un medio más tranquilo. Una de las jóvenes, Mercedes Ibáñez Rondizzoni, apreció intuitivamente el valor íntimo del joven Medina. Era ella una joven cultísima. Educada con gran esmero por profesores especiales en la casa, se distinguía por la ilustración. Era fina y elegante. Sin tener una hermosura arrobadora, la simpatía del carácter la hacía bella, y el encanto de su trato, una mujer superior. Era una reina.

La joven descubrió en Medina sus aficiones y sus gustos.

Le propuso perfeccionarse en la lengua inglesa que Medina había aprendido en el colegio porteño de Guillermo Linacre en su niñez, de modo que tenía ya avanzada una buena base. Ella misma quería desenvolver prácticamente en las conversaciones ese idioma. (Textual).

La *Evangelina* de Longfellow, el cuento de la Acadia, fué leído entonces en 1874, en las veladas con la joven Mercedes. (Textual).

En ese año publicó la traducción en prosa del poeta.

Las últimas rachas de romanticismo literario habían tocado a Medina. Como todos los jóvenes de su tiempo, *María* por Jorge Isaacs lo enterneció. Un año antes, había publicado un juicio crítico sobre aquella novela.

Su estado de alma quedó revelado en la expresión de un gran dolor. Hay allí la nostalgia de un sentimiento que no es compartido. La dedicatoria del artículo dice simplemente a *A*...

¿Quién era *A*?

La joven Mercedes. (Textual).

Pero la ilusión de Medina no podía ser correspondida. Estaba comprometida o por comprometerse con otro mozo de la misma edad de Medina, de veintiún o veintidós años, y a quien el empuje de su temperamento debía abrirle, muy luego, un porvenir hermoso en la política, en el foro y en la formación de una rápida fortuna.

El quebranto de la esperanza irrealizable le hirió muy hondamente.

Sin embargo, este afecto no se tronchó nunca.

En Lima no lo olvida. A su hermano Alejandro le interroga por la imagen.

En medio de las atenciones de la Secretaría de la Legación y de sus búsquedas arqueológicas e históricas, el pensamiento no se distrae de la ilusión.

En el año 1875, su padre, en las cartas, le habla de que lo siente como que una pena le embarga. La madre se da cuenta de que hay algo que lo oprime. Se les representa reservado, huraño a las expansiones que debían brotar en el espíritu entusiasmado de un muchacho al contacto de un ambiente tan novedoso como el limeño.

Guarda silencio con ellos.

A Alejandro le deja entrever veladamente la angustia. Sólo cuatro veces la nombra en su correspondencia rodeándola de un nimbo de paz y de dulzura. El giro de las preguntas que dirige a su hermano, revelan la necesidad de saber de la preocupación imperiosa. No siente quietud sin estas gratas noticias. Todas estas febriles alternativas están sugeridas, simplemente insinuadas. En ellas hay una gran discreción.

El temperamento reservado de Medina se nos dibuja ya con gran exactitud.

El viaje de Lima a Estados Unidos, en 1876, fué condicionado al objeto de ver a la joven Mercedes. Tuvo noticias de que el Ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Errázuriz, el íntimo amigo de su padre, Adolfo Ibáñez, había sido nombrado Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno de Wáshington, y que lo acompañaba su hija.

“Iré a Estados Unidos y hablaré con don Adolfo y con ella más libremente que en Santiago y allí convendremos lo que sea necesario, porque debo decidir mi suerte; pero no digas nada a nuestros padres de este propósito”.

Así la hablaba a su hermano. El viaje se le presentaba fácil. Un amigo muy íntimo, Mr. Thorndike, casado con la señora doña Genoveva Mathieu, de la cual Medina era también muy amigo, le propuso que los acompañara a Estados Unidos para visitar la Exposición de Filadelfia.

Las relaciones del Ministro de Chile en Lima, Joaquín Godoy, no habían sido muy cordiales con Medina. Godoy se había opuesto a concederle una licencia de dos meses para ver a su padre, cuya enfermedad habíase reagrado, pero también en esa licencia entra- ba el propósito de acercarse a la joven Mercedes.

Desde que quedó resuelto el viaje a Estados Unidos, las dificultades arreciaron entre Godoy y Medina. Más bien éste las busca- ba con lo cual inquietaba al padre que veía perderse la brillante ca- rrera de su hijo en la diplomacia. Temblaba ante la posibilidad de que tal cosa ocurriera. Pero así fué. El joven lo abandonó todo y dejó su cargo sin las formalidades administrativas.

La ruta que su destino le señalaba era Estados Unidos; el fin de ella, ver a su afecto.

En tres meses que permaneció en ese país, dos veces conversó con la joven. La situación de ella no había cambiado.

Un nuevo desencanto le amargó la esperanza.

Viajó por esa tierra y estudió en las bibliotecas. Partió a Eu- ropa después. Peregrinó por Londres, París, Madrid, Sevilla, Toledo, Roma, Viena, Berlín, Bruselas, Hamburgo, etc., en una labor de es- tudioso incansable. Sus cartas nos relatan las impresiones de esos mundos.

En Chile estaba de regreso en 1878.

¿Se había modificado su carácter retraído?

Era el mismo. Lo que se había avivado era la pasión inconteni- ble del estudioso. La publicación de la primera obra de erudición y de importancia capital hasta ahora en el campo a que contrajo sus desvelos, la *Historia de la Literatura Colonial de Chile* (1878), fué un fracaso desde el punto de vista editorial. Premiada por la Univer-

sidad de Chile, después de los magníficos informes de Benjamín Vicuña Mackenna y Gregorio Víctor Amunátegui, la casa de Bello no pudo editarla. La imprimió él mismo y debió enviar circulares para asegurarse suscriptores que ayudasen a la impresión del libro. El resultado fué desconsolador, porque nadie cumplió con el abono de la suscripción. De la obra vendiéronse, además, poquísimos ejemplares.

Medina hubo de pagar la deuda a plazo.

¿Recordó entonces las palabras proféticas del padre?

“Tú no tienes fortuna y necesitas ganarla”, le había dicho. “No debes dedicarte a la literatura; sólo tienes delante de ti, tu porvenir con un doble camino: tu profesión y la política”.

Por duras que resonaran en sus oídos estas sentencias de fuego, o estos latigazos a la conciencia, el camino estaba trazado.

El sino obraba con más violencia que las cautas realidades.

Los estudios de las ciencias naturales, en la entomología, habían ya derivado hacia la bella literatura, por un momento, con el juicio sobre *María* de Jorge Isaacs y la traducción en prosa de *Evangelina* de Longfellow, paréntesis breve en la pura literatura, que nos sirve para situarnos en la era de un romanticismo moribundo en Europa y que en Chile sobrevivía todavía.

Es éste un solo instante en la carrera del escritor.

Corresponde al de su formación literaria, nutrida con lecturas francesas de tipo crítico. Villemain es su autor predilecto, entre los franceses; Amador de los Ríos y Revilla, entre los españoles.

La tendencia de su espíritu lo llevaba al campo científico. Si se me permitiera decir que el entomólogo comenzó a buscar la prehistoria entomológica chilena, creo que doy a mi pensamiento toda su claridad. Para ello recurrió, como fuente de información, a los cronistas primitivos, y este dato nos permite señalar que el futuro historiador salió de estas compulsas.

Dos herramientas espléndidas había adquirido en el camino:

el método analítico de las ciencias naturales y el de la concepción jurídica, razonadora, derivativa y de postulados realistas.

La actitud crítica es la que prevalece ahora y la que no le abandonará jamás.

Así nació el poderoso investigador de las fuentes.

Si se observan las líneas generales de la arquitectura de toda la obra de Medina, vaciada en cerca de cuatrocientos ocho títulos de aportes de todo orden a las ciencias históricas, el bosquejo, el esbozo, está trazado en los inicios de su vida de erudito.

No es difícil establecer el plan de su grandiosa obra con los elementos de sus primeros escritos.

Las ciencias naturales lo condujeron al conocimiento del hombre primitivo americano. El hito que señala el camino en la antropología, la etnografía y la arqueología, está indicado, como punto de partida, con *Los Aborígenes de Chile* (1882).

La vida espiritual de los pobladores autóctonos del continente imponía al historiador el estudio de las lenguas aborígenes. La publicación del *Arte y Vocabulario en Lengua Alientiac*, del padre Luis de Valdivia, llevada a cabo por Medina en 1894, es también el punto inicial de estos estudios.

El hombre primitivo de América y las lenguas aborígenes entran así en la concepción historiográfica.

Deberíamos añadir que el suelo en que se desarrolló la cultura aborígen y la española, fueron para Medina objeto de su pensamiento en el comienzo de su carrera. La *Geografía Antigua de Chile*, es un artículo publicado en 1880 en el que se anotan simplemente los nombres indígenas geográficos del Archipiélago de Chiloé. Pero en el *Ensayo de una Mapoteca Chilena*, o sea, de una colección de títulos de mapas, planos y vistas relativos a Chile, aparecidas en 1889, pisa más firme.

De aquí van a partir sus estudios sobre los descubridores geográficos del continente americano de los siglos XVI y XVII. Esos

dos estudios no son más que un anticipo de un plan mucho más vasto para penetrar en la geografía primitiva de América.

Es conveniente repetirlo: la historia de la colonización europea en su contenido geográfico está vislumbrada por Medina en 1880.

Siete años antes había leído el libro de Helps.

Era necesario, por otra parte, documentar la historia de la obra de la civilización española en América con nuevos elementos de juicio que completaran o superaran a los cronistas.

Si se mira desde este punto de observación su tarea, ella comienza durante la plena juventud, en Lima, hacia 1875, cuando tiene veintitrés años.

El primer libro documental es el que lleva por título *Memorias del Reino de Chile y de don Francisco de Meneses*, por fray Juan de Jesús María. Con él abre el ciclo de los materiales documentales para la historia de nuestro país, y para toda América y la propia España en una revisión fundamental de conceptos sobre la civilización y cultura hispánica en el Nuevo Mundo.

La expresión más elocuente de este afán de documentar el conocimiento histórico chileno, primero se manifiesta con la publicación, en 1888, de dos grandes repertorios: *La Colección de Historiadores de Chile y de Documentos relativos a la Historia Nacional*, que toma a su cargo con el tomo XI y que continuará hasta el XLV, en 1923, y la notabilísima *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo, 1518-1818*, en 30 volúmenes que ven la luz hasta 1902.

La documentación acumulada para Chile por Medina es fácil reducirla a la evidencia de los números.

La *Colección de los Documentos Inéditos para la Historia de Chile*, publicada en 30 volúmenes, incluyen 1,050 documentos. Forman 83 tomos manuscritos en folio español. Eso es lo publicado.

Lo que se guarda en su Biblioteca, sin editarse, es mucho más.

Del catálogo que he hecho de esos documentos fluyen los si-

güentes datos: En el tomo I se catalogaron 2,845 documentos, que comprenden a 95 volúmenes; en el II, 2,013, que se encuentran en 51 volúmenes; en el III, 1,668 *documentos originales*, conservados en 64 volúmenes; en el IV, 4,379, que se guardan en 85 volúmenes.

La suma total arroja 11,995 documentos contenidos en 378 volúmenes, folio español. Pero en realidad son más los documentos por la duplicación de los números.

Con seguridad suben de 12,000.

No he hecho la estimación de los documentos copiados para la historia de América. Pero en conjunto deben calcularse en unos 3,000, prudencialmente. O sea, Medina hizo una aportación documental a la historia americana de más de 3,000 documentos.

Después el propósito se orienta a la documentación de la historia de los dominios de Castilla en las Indias Occidentales. Pero éste se multiplica en varios aspectos, como luego se verá.

Es curioso anotar que la vida de erudito de Medina se abre en Lima el 17 de diciembre de 1875, a los veintitrés años, con la edición de una obra de carácter histórico documental, de gran valor literario, como son las *Memorias* de fray Juan de Jesús María, y se cierra con otra de igual género publicada en París por el Instituto de Etnología de la Universidad de esa ciudad en el mismo año de su fallecimiento, 1930.

En 1929, durante su permanencia en la capital del Sena, entregó a Paul Rivet el manuscrito de su estudio y la reproducción facsimilar del texto de la *Relación* de Nicolás Albenino, sobre lo ocurrido en el Perú desde la llegada de Blasco Núñez de Vela hasta la muerte de Gonzalo Pizarro. La relación de Albenino, aparecida en Sevilla en 1549, era una obra de extrema rareza.

Medina, cuando llegó a Santiago la edición parisina de su libro, estaba en la eternidad.

Había abierto la iniciación de los estudios documentales fuera de su patria, en Lima, y los coronaba en París después de su muerte.

Cincuenta y cinco años (1875-1930) había durado el ciclo de la especialización documental, y con sus publicaciones, la historia de América comenzaba a caminar sobre un terreno seguro.

La fructificación de la conquista significó la colonización y con ella, naturalmente, comenzaron a desarrollarse las instituciones españolas en los dominios de Castilla.

Fué el pensamiento intelectual de esa época lo que primeramente le interesó y partió de Chile con las obras que sobre América debían seguirle.

La Historia de la Literatura Colonial de Chile fué publicada en 1878, cuando el autor tenía 26 años. De ella arrancarán los estudios literarios de diversa índole sobre la cultura intelectual de la Colonia en América y que en las bibliografías de Medina se reparten en una serie de monografías que van desde los autores americanos propiamente tales, hasta los españoles que toman por tema de sus asuntos las cosas, los sucesos y los hombres del Nuevo Mundo. A veces desborda del campo español-americano a los de otros países de Europa para señalar influencias culturales. Francia, Inglaterra, Alemania, Austria, Italia, Holanda, Flandes y Portugal, no escaparon a Medina en esta tarea de averiguaciones de antecedentes espirituales.

Los más grandes ingenios de España, Cervantes, Lope de Vega, Ercilla y otros, Medina debió estudiarlos en sus propósitos de buscar los nexos que unen las corrientes de ideas literarias del americanismo expresadas por el Inca Garcilaso de la Vega, con las del hispanismo de un Lope de Vega, cuando tomaba asuntos del Nuevo Mundo para su teatro. Pero la especialización a que siempre tendió Medina en su obra científica de historiógrafo, debió hacerle abrir el horizonte del plan de la historia literaria americana y detenerse en ella para buscar más hondamente la evolución intelectual del pensamiento colonial.

El historiador de la literatura de 1878 desbordó al campo de la bibliografía. Era la única forma segura de no extraviarse y la úni-

ca de decir algo nuevo si no contabilizaba, por decirlo así, las manifestaciones de la inteligencia en los dominios. Puede decirse que se inspiró, al adoptar este método, en la frase de Henry Harrisse: la bibliografía es al historiador lo que la carta geográfica al marino.

¿De cuándo data esta conversión a los estudios bibliográficos sistematizados?

Se desarrollan por etapas, pero en plena juventud.

¿La iniciación corresponde a 1878 cuando publica la *Historia de la Literatura Colonial de Chile*?

En el tomo III aparece allí un índice de los libros y autores cuyas vidas y escritos se examinan en la obra. A nuestro juicio, aquí está el primer paso dado en la materia por el más grande bibliógrafo de la cristiandad. Es preciso esperar diez años más para encontrar concretamente usada la palabra *bibliografía* en una obra suya.

En 1888, publicaba la *Biblioteca Americana. Catálogo breve de mi colección de libros relativos a la América Latina con un ensayo de bibliografía de Chile durante el período colonial*.

Colacionaba allí 2,928 títulos.

La obra compuesta por sus propias manos en la pequeña imprenta de su casa de la calle Duarte, tiene como pie de ella la indicación: *Typis Authoris*.

¿La concepción de la historia y bibliografía de la imprenta en las posesiones de América y Oceanía, en las treinta y ocho ciudades que poseyeron la imprenta, está aquí en ciernes insinuada?

A mí me parece que sí. Porque el Catálogo se extiende del objeto que hasta entonces habíase dado al americanismo, es decir, las crónicas primitivas, los libros que se referían al descubrimiento, conquista y colonización. El inventario de Medina amplía ese plan primitivo, y se convierte en el inventario bibliográfico de las tipografías de las imprentas en las ciudades de América.

Esta es la novedad del Catálogo.

Y no deja de ser singular que apenas ha mediado un año entre

1888 y 1890 de la publicación del *Catálogo breve de la Biblioteca Americana*, aparezca entonces, impreso en casa del autor, en la calle 12 de febrero número 49, donde ha constituido su hogar después del matrimonio, el *Epítome de la imprenta en Lima (1584-1810)* y también el *Epítome de la imprenta en América. Virreinato del Río de la Plata (1705-1810)*.

Es decir, el plan general de la bibliografía del arte de imprimir en los dominios del Nuevo Mundo, fué concebido en 1888, a los treinta y seis años.

A los treinta y ocho, en 1890, estaba en plena elaboración.

A los treinta y nueve, en 1891, comenzaba a ejecutarse con la aparición de la *Bibliografía de la imprenta en Santiago de Chile desde sus orígenes hasta febrero de 1817*.

Al año siguiente, en Buenos Aires, 1892, publicaba la monumental *Historia y Bibliografía de la Imprenta en el Antiguo Virreinato del Río de la Plata*, en gran folio, con las máximas condiciones tipográficas de belleza que era posible exigir entonces.

La sola enunciación de estas historias y bibliografías es agobiadora.

Describió la producción bibliográfica de *México (1539-1821)*, en 8 volúmenes; la de *Lima (1584-1824)*, en cuatro; *Puebla de los Angeles (1640-1821)*; *Guatemala (1660-1821)*; *Manila, en las Islas Filipinas (1593-1810)*, en dos volúmenes; *Paraguay (1705-1727)*; *Córdoba del Tucumán (1766)*; *Buenos Aires (1780-1810)*; *Montevideo (1807-1810)*; *La Habana (1707-1810)*; *Bogotá (1739-1821)*; *Ambato (1754-1759)*; *Quito (1760-1818)*; *Angostura (1819-1820)*; *Curaçao (1814)*; *Guayaquil (1810-1822)*; *Maracaibo (1822)*; *Nueva Orleans (1769-1810)*; *Nueva Valencia (1764-1813)*; *Panamá (1822-1823)*; *Popayán (1816-1819)*; *Puerto España (1786-1790)*; *Puerto Rico (1808-1817)*; *Querétaro (1821)*; *Santa Marta (1816)*; *Santiago de Cuba (1792-1810)*; *Santo Domingo (1821)*; *Tunja (1814)*; *Guadalajara de México (1793-1821)*; *Veracruz (1794-1821)*; *Oaxaca (1720-1820)*; *Cartagena de Indias (1809-1820)*; *Caracas (1808-1821)*; *Mé-*

rida de Yucatán (1813-1821); *Santiago de Chile* (1780-1817); *Trujillo* (1823-1824); *Cuzco*; *Arequipa*; la *Imprenta del Ejército Libertador* (1820-1825); y la del *Ejército Realista* (1821-1825). ¡Treinta y ocho ciudades del Nuevo Mundo!

La coronación de estas bibliografías parciales de la imprenta en América, se completa con otra obra monumental que consagró en definitiva el nombre de Medina como el primer americanista del mundo, como una gloria de la bibliografía universal, y como uno de los más fecundos escritores de la lengua castellana en el siglo XIX, fecundidad comparable con la de Benito Pérez Galdós, Emilio Castelar, Marcelino Menéndez y Pelayo y Benjamín Vicuña Mackenna.

El tema en que iba a desarrollar las condiciones maravillosas de investigador de que se encontraba dotado, hablaba a la bibliografía americana desde sus orígenes. En ella le habían precedido maestros de gran significación. León Pinelo, el fundador de ella, Nicolás Antonio, Andrés González Barcia, y el príncipe de todos en el siglo XIX, Henry Harrisse, el autor de la *Biblioteca Americana Vestustísima*.

A los cuarenta y seis años, en 1898, y en el espacio de casi cuatro, al enterar el medio siglo de existencia, Medina dió a luz los 6 volúmenes, en cuarto mayor, de la *Biblioteca Hispano-Americana (1493-1810)*, monumento de sabiduría bibliográfica que lo impuso como la autoridad más eminente en el mundo. Mientras Harrisse describía en la *Vetustísima* 476 títulos, repartidos entre los años 1493 a 1551, Medina elevaba la suma a 7,337 en el total de los colacionados, sin tomar en cuenta las ediciones que cita a modo de referencias complementarias.

A la bibliografía chilena la dotó de una obra gemela, dada a la luz entre los años 1897 y 1899, en tres volúmenes con el título de *Biblioteca Hispano-Chilena (1523-1718)*. En ella describió cuantas piezas llegaron a conocimiento del autor "dadas a la prensa en Europa o en América, por chilenos o españoles que desempeñaron en

Chile algún papel, ya sea que se refieran o no a nuestra nación". Comprende desde 1523, en que se publicó la primera relación del viaje de Magallanes y concluye en 1817.

Con la *Bibliografía de la imprenta en Santiago de Chile* cerraba el período de la actividad del pensamiento escrito en el período de la dominación, junto con la historia de la literatura colonial.

De las instituciones españolas implantadas en América, hay una que Medina estudió con el mayor interés y en la que le tocó espigar en un campo virgen.

Es la inquisición en el Nuevo Mundo.

Son 11 volúmenes en total: dos para *Lima*; dos para *Chile*; uno para *Filipinas*; uno para *Cartagena de Indias*; uno para el *Río de la Plata*; uno para *México*; uno para *Yucatán*; y dos para la *primitiva inquisición en América*.

El primer estudio fué consagrado al Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Lima, el año 1887, cuando contaba treinta y cinco años.

Las historias de las inquisiciones, lo mismo que las bibliografías de las imprentas en las treinta y ocho ciudades de América y Oceanía que disfrutaron del arte de imprimir, forman el material histórico más inapreciable para el conocimiento de la vida social e intelectual de los dominios españoles en el Nuevo Mundo.

Sin la ayuda de estos libros, como lo han señalado Garnett, el antiguo Director del Museo Británico, y Altamira, el historiador de la civilización española, el conocimiento de estos pueblos, en la fundamentación de su tradición histórica, espiritual, moral e intelectual y jurídica, resulta incompleto. Medina buscó con estos estudios la raíz del americanismo.

La inquisición no interesa al historiador como un hecho religioso, bueno o malo en sí, en su acción sustancial. Le interesa como un fenómeno del desenvolvimiento de las ideas, como una expresión para captar del medio social, las influencias que ejercieron tales o cuales doctrinas en la formación del criterio. Y aunque no

se dió el caso de que prosperara la heterodoxia con profundidad, los procesos seguidos por el Tribunal, y el Tribunal mismo, nos sirven admirablemente para la filiación del ambiente colonial.

En el mismo caso están las bibliografías de las imprentas.

El material inmenso acumulado por Medina aún no ha sido explotado por la crítica literaria ni por la historia literaria.

Entonces se verá que el pensamiento en los dominios no vivía en una noche oscura como se ha supuesto y que en medio de una vida inspirada en el fervor religioso y en la tradición del respeto al rey, la América progresaba en la misma medida en que lo hacía España.

En el campo de la estética literaria la lectura de las "memorias", tan despreciadas hoy, señalará cuando se les somete a crítica, la existencia de escritores insospechados en el mundo de las letras hispano-americanas.

Queda otro largo capítulo al cual dió Medina la anchura incommensurable de su investigación que abre camino a las consideraciones de la ciencia económica y hasta a la valorización del arte en el trabajo de las monedas y medallas.

Es el capítulo de la numismática.

La historia económica de los dominios tendrá que recurrir a esa fuente.

Forman diez volúmenes los que le consagró a esta materia para América en general; seis para Chile y uno para Argentina. La historia del régimen monetario no puede prescindir de los datos y antecedentes del erudito chileno.

Lo admirable en el conjunto completo de la obra de Medina es el plan de ella.

¿Cómo lo concibió?

¿Cómo derivó hacia la historia de América?

¿Cómo nació la idea del estudio de la imprenta en los dominios españoles?

En su primera juventud, volcada ya la pasión del investigador

por las ciencias históricas en la ciudad de Lima, el plan de su labor está circunscrito únicamente a Chile.

De esa época, 1875, es la publicación de las *Memorias de fray Juan de Jesús María y de don Francisco de Meneses*.

En los archivos limeños habíase encontrado con una rica documentación sobre Chiloé y se proponía escribir la historia del Archipiélago.

En 1907, se encontraban impresos los materiales documentales de este libro al que Medina había dado el nombre de *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta su anexión a la República*. En su Biblioteca ya he encontrado muchos apuntes sueltos, inconexos, sobre Chiloé y un cuaderno con notas que lleva por título *Apuntes sobre Chiloé*, especie de índice, bastante desordenado.

Es de esta misma época el plan de escribir una historia colonial de Chile.

Medina la llamó *Historia de la Dominación Española en Chile*.

Chiappa, el bibliógrafo del erudito, decía en 1907 al referirse a ella: "Está terminado ya el tomo preliminar de esta obra. El segundo narra las expediciones marítimas habidas hasta el viaje de Almagro. Parece que esta obra tardará en publicarse, pues el autor quiere dedicar a ella una atención esmerada".

"Fué el ideal de mi vida —le oí decir en una tarde memorable para mí— ya copiando datos para ella me extravié en las bibliografías y ya me siento viejo ¡la vida se me va!"

Esta afirmación de Chiappa la puedo comprobar yo por haberle oído expresar igual anhelo, pero entonces había desistido de su propósito.

Es oportuno recordar que Vicuña Mackenna hacia 1866 alentó el mismo propósito, y que el ideal de Marcelino Menéndez y Pelayo fué de escribir una historia de la literatura española.

En la faena de preparar el campo mediante investigaciones previas, los tres más fecundos escritores del habla española vieron frustrados sus ideales.

La visión del panorama de las ciencias históricas se abre entre el segundo y tercer viaje a Europa. La idea de poner toda la energía de su alma al servicio de la historia americana se encuentra entonces. Sin embargo, las líneas generales de la arquitectura de su propósito, están dibujadas con precisión entre los 21 y 45 años.

Me parece interesante, para el estudio del espíritu del escritor, ver cómo nacen los géneros en que desarrolló su gigantesca tarea de erudito. La esquematización que se inserta en seguida, es como un plano de orientación. En él se anotan el año, la edad y las clasificaciones de las materias que trató, simplemente, con el título del primer estudio.

He aquí este plano esquemático:

I. 1873. 21 años.— Crítica literaria.

Juicio crítico sobre la novela de Jorge Isaacs [1].

II. 1873. 21 años.— Historia natural.— Entomología.

Los insectos enemigos de Chile [2].

III. 1874. 22 años.— Traducciones al castellano, en general.

Evangelina. — *Cuento de la Acadia*.— Por Longfellow [5].

IV. 1875. 23 años.— Folklore.

Los araucanos y la astrología [8].

V. 1875. 23 años.— Biografías individuales.

Fray Miguel de Aguirre [6].

VI. 1875. 23 años.— Paleografía.

Memorias del Reino de Chile y de don Francisco de Meneses [9].

VII. 1875. 23 años.— Recopilaciones documentales.

Memorias del Reino de Chile y de don Francisco de Meneses [id.].

VIII. 1877. 25 años.— Historia social.

Los Morenos y los Briceños. Un pleito de frailes [11].

IX. 1878. 26 años.— Biografías colectivas.

Historia de la Literatura Colonial de Chile. 3 vols. [11].

X. 1878. 26 años.— Historia literaria.

Historia de la Literatura Colonial de Chile. 3 vols. [11].

XI. 1880. 28 años.— Viajes y relaciones de viajeros.

Una excursión a Tarapacá [18].

XII. 1880. 28 años.— Arqueología, antropología, etnografía.

Chile. Sus aborígenes y origen de su nombre [17].

XIII. 1880. 28 años.— Geografía.

Geografía Antigua de Chile [16].

XIV. 1888. 36 años.— Bibliografía en general.— Historia y Bibliografía de la Imprenta en América y Oceanía.

Biblioteca Americana.— Catálogo breve de mi colección de libros relativos a la América Latina. Con un ensayo de bibliografía de Chile durante el período colonial [25].

XV. 1889. 37 años.— Cartografía.

Ensayo acerca de una mapoteca chilena... Con una introducción histórica acerca de la geografía y cartografía del país [46].

- XVI. 1889. 37 años.— Recopilaciones literarias.
Versos de don José del Pilar Medina [48].
- XVII. 1891. 39 años.— Numismática americana.
Monedas y medallas hispano-americanas.
- XVIII. 1894. 42 años.— Lenguas aborígenes de América.
Arte y vocabulario en lengua allentiac del Padre Luis de Valdivia [62].
- XIX. 1897. 45 años.— Historia de la geografía.
Juan Díaz de Solís.— Estudios históricos. 2 vols. [75-76].
- XX. 1905. 53 años.— Historia de la cultura.
La instrucción pública en Chile desde sus orígenes hasta la fundación de la Universidad de San Felipe. 2 vols. [160-161].
- XXI. 1910. 58 años.— Crítica histórica.
Sobre el retrato de Diego de Almagro [236].
- XXII. 1918. 66 años.—Lexicografía.
Glosario gramatical-lexicográfico de la "Araucana" de Alonso de Ercilla [262]. [1].

Tal es el esquema de la obra de Medina repartida en los cuatrocientos ocho títulos de su producción intelectual.

Es fácil darse cuenta que las primeras producciones marcan o

(1) Los números entre paréntesis se refieren a la colación bibliográfica de los escritos de Medina en nuestro **Catálogo de las publicaciones de D. José Toribio Medina (1873-1914)**. Por Víctor M. Chiappa. Continuado hasta el día y seguido de una bio-bibliografía por Guillermo Feliú Cruz, Santiago de Chile. Imprenta Cervantes, 1924, donde el lector puede encontrar más amplios detalles.

señalan muy claramente la persistencia de los temas de las materias que seguirán después.

La parte más maciza de la obra del erudito, la que dice relación con las recopilaciones documentales, las cuestiones bibliográficas, la historia de las inquisiciones, la historia de la geografía y materias numismáticas, están concebidas en plena juventud.

No creo que exagere al decir que el plan de la obra completa, en toda la variedad de materias que comprende dentro del amplio círculo de las ciencias históricas, está concebido entre los veintiún años y los cuarenta y cinco de su vida.

Lo que añade después son ampliaciones.

Sólo agrega una materia de la cual antes no se había preocupado especialmente. Los estudios continuados y sistemáticos de la lexicografía, los inicia y desarrolla en 1918, a los sesenta y seis años.

El conjunto total de la obra estaba realizada en 1923.

Fué entonces también cuando cumplió los cincuenta años de escritor.

Había encontrado Medina la forma de hacer inagotable el material de los asuntos de sus trabajos. Nunca investigó sobre una materia determinada, digo mal, investigó sobre ella, pero al mismo tiempo recogía cuanto encontraba digno de anotarse para otros libros.

El sistema que empleaba era sencillo:

Si se trataba de un asunto de historia, el fruto paciente de la investigación era arrojado en papeletas hechas por orden cronológico, anotándolo a la derecha en el extremo superior de ésta; en el izquierdo, en el mismo sitio, destacaba la materia a que correspondía, y en el centro extractaba el documento o el libro de donde había obtenido el dato.

Más abajo ponía la indicación o referencia, siempre muy exacta, de la fuente. Estas fichas movibles, mantenidas siempre muy ordenadas, le permitían dominar la investigación en cualquier momento, porque la indicación de las materias, desarrolladas cronológica-

mente, le daban de inmediato la visión o el panorama de lo que trabajaba.

Las papeletas eran colocadas en pequeñas carpetas con indicación del tema.

De este modo, de una investigación general para un asunto, resultaban hasta tres o cuatro particulares.

Pongamos un ejemplo:

La investigación que Medina habíase propuesto llevar a cabo versaba sobre la biografía de un personaje determinado.

Los datos eran arrojados en las papeletas y si aparecían los de otros individuos prominentes, éstos en el acto eran cogidos y llevados a otra carpeta especial.

A medida que iba encontrando nuevos materiales, los colocaba en su sitio.

Pero esto no ocurría ni una otra vez.

La acumulación del material era permanente. Podían haber pasados dos o tres años, y el escritor seguía echando a sus carpetas cuanto encontraba de interesante.

Lo extraordinario era la fidelidad del recuerdo.

Aquí jugaba un papel principal una de sus más poderosas facultades.

Medina poseía una memoria prodigiosa. La suya siempre me pareció de tipo fotográfico. Lo que veía no lo olvidaba jamás.

No así lo que oía. Tampoco pudo nunca recitar un verso. Carecía de condiciones para abstracción. Razonaba sobre hechos.

Estos eran la base de toda su construcción intelectual.

El tipo de su memoria era en este sentido francamente fenomenal.

Si necesitaba verificar una consulta en un libro o documento, manejado muchos años antes, después podía precisar si el dato que necesitaba estaba en la página izquierda o derecha del libro, si estaba en nota o en el texto.

Los libros de su biblioteca, compuesta de más de 60,000 pie-

zas, entre libros, folletos y hojas sueltas, los conocía al detalle. En cierta ocasión al subir a la escalera, que usaba en su biblioteca, se quebró ésta cayendo Medina al suelo sin dañarse. Desde entonces los libros de su Biblioteca quedaron perdidos para sus consultas y éstas las hacía en la Nacional.

Muchas veces me tocó servirlo, sin embargo, para atenderle consultas de los libros de su librería. Las indicaciones eran precisas. A veces me decía, por ejemplo:

—En el estante que está encima de la puerta de mi escritorio, está tal libro. Es la tabla segunda. Debe ser el libro ocho, y tiene una pasta color café.

La indicación era exacta. Medina no podía haber consultado esa obra, porque con el chasco de la escalera quedó prevenido para siempre, y el libro por la gruesa capa de polvo que lo cubría indicaba que manos humanas hacía infinidad de años que no lo tocaban.

Cuando comenzó a hacer, en 1923, el Catálogo de su Biblioteca para obsequiársela a la Nacional, era sorprendente la memoria con que al bajarle los libros los individualizaba. “Este es tal, decía, y el tomo cual está en la otra pieza, al lado de tal autor”.

Al llegar a la sección viajes, encontró descabalado el libro de José Mieres, *Travels in Chile and La Plata*, publicado en 1826. En el acto recordó:

—“El tomo segundo lo presté a Gonzalo Bulnes en 1873. Escríbele recordándole el préstamo”, me dijo. Efectivamente, Bulnes le remitió el libro después de cincuenta años, con una carta muy amable que conservo.

Paciencia y memoria eran las dos herramientas de que estaba armado para la investigación. Era incansable para hacer índices. ¿Se creará que el *Diccionario de la Lengua* lo había revisado, palabra por palabra, para extraer primero las voces aborígenes americanas, después para comprobar los americanismos, y, por último, para hacer la lista de los chilenismos?

El manejo de los documentos lo hacía con la más rara expedición. Descifraba sin esfuerzo. Cuando se instaló en el Archivo de Indias de Sevilla tenía la preparación de un paleógrafo aficionado.

Esas condiciones eran las que pudo desarrollar en Lima en sus andanzas por los archivos de la Universidad de San Marcos, de la Biblioteca Nacional y otros. En el segundo viaje a España se propuso ser paleógrafo, y lo fué.

Se dedicó a leer aprendiendo, primero, toda la gama de las abreviaturas. En tres meses dominó la letra del siglo XVI.

En 1912, vió en la Academia de la Historia las pruebas documentales presentadas por Celso García de la Riega sobre Cristóbal Colón gallego. El examen de esos documentos lo convenció de que eran falsificados, adulterados, enmendados, y que habían sido interpolados. Los pudo leer con gran facilidad.

Juan William Ibáñez, su sobrino, me ha contado cómo escribió el *Núñez de Balboa*. Durante un verano en "La Cartuja" se lo dictó íntegramente. Paseándose de un lado a otro, le dictaba de corrido. Juan debía detenerse a cada paso para hacer una nota. Los materiales Medina los tenía sobre su mesa, libros, documentos y mapas. Al hacer la referencia a una nota los consultaba con absoluta precisión. Sabía dónde estaba el dato, la cita, la referencia, en ese cúmulo de antecedentes.

Es claro que esto supone una elaboración previa de las lecturas, una ordenación minuciosa de las fuentes para el trabajo. Pero lo admirable es la prodigiosa memoria para no olvidar ningún detalle de ese abundante material de consulta.

Cito este hecho porque Medina dictó muy pocas veces.

En otra ocasión me dictó —y fué la única en que intervine— el estudio que sirvió de prólogo a una obra de Ricardo Levillier en el que estudiaba la figura de García Hurtado de Mendoza a través del teatro y la leyenda. No necesitó entonces consultar libros; todo lo que sabía sobre el tema lo dijo absolutamente de memoria, sin un titubeo.

En los últimos años, la memoria de Medina no había sufrido ningún decaimiento. Se mantenía firme como en los mejores tiempos. Recuerdo que estando ya muy enfermo enumeró con absoluta seguridad los veinte primeros títulos de la *Biblioteca Hispano Americana*, que había descrito en ese libro en el año 1898. Las recordó a propósito de las cartas de Pedro Martyr de Aguilera.

El período de mayor producción corresponde a 1886.

Se observa que el ritmo del publicista se acelera intensamente.

La historia nacional, a partir de este año, si acaso no está en un segundo plano, queda como dominada en lo sucesivo por la historia y bibliografía americanas.

Debo explicar este hecho.

El 26 de diciembre de 1886, Medina había satisfecho la más cara aspiración sentimental de su corazón. Contrajo matrimonio con la joven que casi en la adolescencia, a los veintiún o veintidós años, tan entusiastamente le había cautivado.

Quince años había mantenido encendida la llama de su noble pasión en el alma.

En todo ese tiempo la madre le había hablado de la necesidad de formar un hogar. El joven Medina se excusaba con la enfermedad de su padre, a quien consagraba las más delicadas atenciones en su cruel postración, lo mismo que su hermano Alejandro, que ya por esa época estaba por recibirse de médico, o se había recibido. Los dos hermanos fueron, en verdad, modelos de hijos, y con la madre también de la más ejemplar conducta de afecto y de veneración.

Si la enfermedad del padre era una razón poderosa para no contraer matrimonio, como lo recordaba el mismo Medina, nunca perdió la esperanza de unirse con la joven Mercedes.

Ese año de 1886 se produjo un cambio bien sensible en la vida del escritor.

Con su mujer se estableció en su casa propia de la calle 12 de

Febrero número 49, que había hecho amoblar con sencillez pero con buen gusto.

Los muebles eran ricos. La casa de tipo antiguo, con dos grandes patios, empedrados y con corredores abiertos, llenos de aire, de luz y de sol.

Medina se reservó el costado derecho para establecer la biblioteca en cuatro salas. En esta última, un cuarto grande, instaló una mesa de billa para entretenerse con sus amigos.

La primera sala de este costado derecho estaba reservada para su recibo personal. La adornaban hermosas esculturas traídas de Florencia. Eran de bronce. Recuerdo entre ellas la que representaba a Romeo y Julieta. Al fondo de la sala un inmenso gobelino cubría la testera, en la que se dibujaban escenas de caza. La procedencia de ese gobelino era francesa. En ese mismo fondo, se destacaban dos maravillosos estante-biblioteca de madera de encina, primorosamente tallados con unas cariátides y figuras de mujer que evocaban las ciencias y las artes.

Un escritorio de arrimo de la misma madera e imitando el estilo de las bibliotecas, completaban el menaje.

En esos estantes, Medina había guardado los tesoros de su biblioteca, las primeras producciones de la imprenta en América. Pero había el que él llamaba el *estante chico*, que no jugaba con el estilo de los muebles. Era un hermoso aparador. Allí tenía reunidas, en filas muy ordenadas, las ediciones de "La Araucana" de Ercilla, los libros más raros de su biblioteca y los primeros impresos chilenos.

Solía decir riendo: "Aquí hay una fortuna".

Hoy estos muebles pueden verse en su Biblioteca en la Nacional en la Sala anexa, en la cual, hasta donde me ha sido posible, he conservado su distribución, y los libros siguen, en cierto modo, en la misma forma en que Medina los había ordenado.

Los retratos de la familia de Medina, en pintura, en óleos chicos, ejecutados en España, en Sevilla, durante su segundo viaje es-

taban allí: don José Toribio Medina y Mandujano y su esposa doña Mercedes Valderrama, sus abuelos; su padre, don José del Pilar Medina y Valderrama y su señora doña Mariana Zavala y Almeyda, hija del industrial, minero y primer explorador y explotador del salitre, don Santiago Zavala y de doña Santos Almeyda y Chorroco Martínez de Rozas, sobrina nieta de Juan Martínez de Rozas. Completaban la galería, un retrato de Medina de la época en que fué Secretario de la Legación de Chile en España, pintado por Francisco Tristán en 1886, vestido con el uniforme diplomático, y otro, de doña Mercedes Ibáñez Rondizzoni en que aparece cubierta con una mantilla española. El autor de esos retratos es el mismo pintor, y lo pintó en Sevilla en 1895.

Estos dos últimos están ahora en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional.

La sala de recibo era de una severa elegancia. El estilo francés predominaba en ella. Los cortinajes la dejaban en una sombra indecisa.

En la segunda sala, chica y cuadrada, estaban depositados los libros mexicanos, en estanterías que llegaban hasta el techo.

En un lado Medina tenía los autores que habían sido de su predilección o que había leído con más interés. Tengo la lista de esos autores: Mateo Arnold, Macaulay, Gibbons, Stuart Mill, Tyn-dall, Junius, Shakespeare, Dickens, Tennyson, Shelley y Milton, eran los ingleses; los franceses Molière, Sevigné, Bossuet, Thierry, Thiers, Delavigne, Hugo, Guizot, Mignet, Musset, Villemain, casi completo: d'Alembert, en una hermosa edición y Chateaubriand.

Estos autores y libros habían quedado allí como náufragos al ser, poco a poco, expulsados por la avalancha de los de su Biblioteca Americana. Pero ellos nos sirven para filiar las lecturas de Medina. Conservaba también una edición francesa de la obra del historiador alemán Gervinius, la famosa *Historia del siglo XIX*.

Los autores clásicos de la literatura española estaban casi todos.

Las obras de derecho eran escasísimas. La parte jurídica la ha-

bía rematado cuando tuvo la seguridad que no volvería a ejercer la profesión de abogado.

Medina consultaba el *Código Civil* en un ejemplar que había sido de su padre, de amplios márgenes, en buen papel. Era la primera edición.

La tercera sala era su cuarto de trabajo.

Un amplio escritorio, tipo ministro, le servía de mesa. Un cómodo sillón de brazos, de forma de una semicircunferencia, le servía de asiento. Como quedara un poco bajo de la cubierta del escritorio, en el sillón colocaba el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*.

Dos o tres sillas de alto respaldar enjuncado, que eran de las del juego del comedor formaban el resto del mobiliario. La lámpara de cuatro luces, que había sido de gas en otro tiempo, era ahora de luz eléctrica, y uno de los brazos había sido dado vuelta hacia abajo para proyectar mayor irradiación sobre la cubierta del escritorio.

La figura de un gran buho, de mayólica francesa, obsequio de su suegra y adquirido en París, era el dueño de la sala. La imagen de ese buho es hoy el *ex libris* de su Biblioteca.

Un pequeño retrato de doña Mercedes se veía en la repisa del estante mirando a Medina.

Cualquiera podía suponer que el hombre que trabajaba en esa mesa no era un escritor. Sólo las estanterías de libros que llegaban también hasta el cielo, denunciaban al estudioso. Sobre la mesa había elementos de carpintería y cerrajería: clavos, tornillos, martillos, ovillos de cáñamo para amarrar los paquetes de sus libros que él mismo hacía, un gran gomero y un cuchillo de cocina que empleaba para cortar el papel. Pero a la entrada del otoño este cuarto de trabajo tomaba un nuevo aspecto. De su quinta veraniega de "La Cartuja", Medina traía manzanas de guarda que colocaba en la repisa de las estanterías y los racimos de uva en las tablas de ellas colgando. Un olor a fruta en maduración impregnaba el ambiente.

El costado izquierdo de la casa estaba reservado a las habita-

ciones de su mujer y a las suyas. El cuarto de doña Mercedes Ibáñez era como el de todas las casas patricias de Santiago. El lecho amplio, cubierto por una sobrecama de color rosa, estaba adornado con un pabellón de cortinajes que lo encerraba. Los muebles eran de madera riquísima. Sobre una cómoda con cubierta de mármol también rosado, se levantaba un cuadro de pintura del siglo XVI, que representaba a San Francisco de Asís. El marco era de estilo barroco. La pintura se la tenía en gran estima.

El dormitorio de Medina era sobrio. Sólo los muebles hablaban allí de riqueza. En el peinador se veía un juego de lavatorio de rica loza inglesa dorada a fuego, con figuras alegóricas. No había más. Un ropero con un espejo de cuerpo entero completaba el menaje de esa casi claustral habitación por su extrema sencillez.

Seguía la antesala. Muebles de cojines muy cómodos, tapizados en raso que el tiempo había desteñido, lo mismo que una alfombra muy fina, daban a la salita de recibo de doña Mercedes un ambiente familiar, íntimo, agradable. Un piano de arrimo hablaba de que allí en otro tiempo se había hecho música. Cerca de este instrumento, en un rincón, se veía el violín de Medina.

Al frente del piano se destacaba un hermoso bul con sus incrustaciones de nácar y concha de perlas y adornos de bronce. Sobre la cubierta de mármol blanco, un tarjetero de bronce con figuras de mujer. Era el depósito una concha de la cual emergía un niño.

En una esquina, una pequeña vitrina de tipo inglés completaba el sencillo adorno de esa salita de recibo personal de doña Mercedes. Había en esa vitrina objetos de plata, figuritas de marfil, de porcelana china o de Sajonia.

Un gran abanico isabelino de carey, decoraba el fondo del primer compartimiento.

En el segundo, esparcidas sin orden, se veía una gran cantidad de cucharitas de café con nombres de ciudades.

Eran recuerdos de los viajes.

Los cuadros de pintura eran pocos: un paisaje de la costa de Calais, firmado por un autor francés; dos escenas de la vida sevillana, completaban el decorado en la pared del fondo. En la de los lados, al derecho un gran retrato fotográfico de Medina hecho por Heffer, que es el mismo que aparece en la edición de *La Araucana* en que se le ve con anteojos. Colgaba ahí mismo, al lado, en un marco dorado, una reproducción en yeso, con los colores que tenía cuando por allí pasó doña Mercedes, de una de las puertas de la Alhambra. Al frente había otra igual. Esa salita tenía un zócalo de madera prolijamente trabajado. Comunicaba esta habitación con un gran salón.

Todo allí era rico. El cielo había sido pintado con colores suaves. Los cortinajes de seda, el brocato estampado de los muebles, de fina marquetería francesa, la alfombra de esmirna, dejaban una impresión de bienestar y de solidez. No era el lujo lo que allí prevalecía. En el paño de la testera del salón se destacaba un gran cuadro, casi de tamaño natural, de doña Mercedes en gran traje de etiqueta, de baile, seguramente. Lo había pintado un español, Antonio Cabral, allá por los años de 1897 ó 1898. En un costado de la sala veíase un piano de cola de marca alemana Steinwey cubierto por un mantón de manila de color amarillo con bordados que representaban flores muy encendidas. Dos grandes bules decoraban la sala. En la testera, en las esquinas, se veían unos altos jarrones de estilo romano, de alabastro, que Medina había comprado en el remate de la casa de Ramón Echaurren Valero.

Continuaba el comedor. Los aparadores eran altísimos y tallados con prolijidad. Correspondían a otra época y hablaban de las mansiones señoriales que comenzaban a irse. La mesa de comedor era de cedro, larga, muy baja. El techo había sido artesonado con pinturas y molduras que hacían la habitación muy oscura, y como el empapelado era de color granate, no era, precisamente, la alegría la que predominaba allí.

Era un comedor para recepciones de alto rango.

La cristalería, la vajilla, la cuchillería, todo denunciaba su adquisición europea, inglesa o francesa. Pero cuando de diario se almorzaba o comía en aquella sala con Medina y doña Mercedes, la cosa hosca y estirada del ambiente desaparecía. La sencillez y la cordialidad se imponían. Se olvidaba uno de encontrarse en un comedor para recepciones de personajes.

En el segundo patio, en unos altillos, estaba la imprenta. A la hora de almuerzo era el movimiento de la prensa la orquesta que les acompañaba. Para verla funcionar, Medina se sentaba frente a la puerta que dejaba ver el segundo patio con un gran parrón al centro.

La casa de Medina era un exponente típico de lo que había sido en Santiago un hogar chileno de los cincuenta años del siglo XIX. Evocaba las viejas costumbres, la solidez de ellas, la dignidad y sobriedad de los hábitos. Se había buscado lo cómodo sin caer en la cursilería.

Esa casa debió conservarla el Gobierno como un museo. Todo lo que contenía correspondía a un ciclo histórico que ha terminado.

Ese hogar había sido el santuario de un hombre y de una mujer extraordinarios que habían contribuido a dar prestigio a Chile en el extranjero, y por eso, como una escuela de educación, debió mantenerse como el Museo José Toribio Medina. La misma biblioteca del escritor, ponía a esa casa una singular originalidad.

A este hogar fué al que entró, el 26 de diciembre de 1886, doña Mercedes Ibáñez de Medina.

Desde este momento también la fecundidad de Medina se acrecienta y el plan de la grande obra se lleva a cabo con mucha más rapidez.

“La gran emplitud que toman los trabajos del señor Medina pasado el año 1888 —ha escrito Chiappa— no habría sido tan vasto si se hubiera encontrado solo en la tarea de estudiar la literatura de un continente entero.

“No caracterizaría a sus libros esa prolija erudición de que ha-

cen gala, ni lo esmerada corrección de sus páginas impresas, ya que esta parte de una obra constituye por sí un gran trabajo.

“Cupo en suerte al señor Medina asociar a su vida a la ilustrada y distinguida señorita Mercedes Ibáñez y Rondizzoni, con quien casó en Santiago en 26 de diciembre de 1886.

“Esta culta dama, perteneciente a una de las más distinguidas familias de Chile, había recibido una esmerada instrucción y desarrollado su cultura en sus viajes al extranjero en compañía de su ilustre padre.

“Era este el eminente servidor público don Adolfo Ibáñez y Gutiérrez, y su madre la señora Josefina Rondizzoni, hija del procer de nuestra independencia, General don José Rondizzoni, quien sirvió a Chile hasta su muerte.

“El afecto de la señora Medina, su vasta ilustración y amor al estudio, han sido el único, amable e inteligente colaborador de su marido.

“Ella lo ha acompañado en sus repetidos y lejanos viajes de estudios y de investigaciones literarias.

“Ha participado de las crueles penalidades ocasionadas a veces por el clima, por la falta de comodidades, y de medios para subsistir que han debido sobrellevar en algunos parajes de América y de Europa y solícita ha velado por la salud, el bienestar físico y moral que permitieron a su marido una obra fructífera y de acuerdo con sus vastos planes.

“Intimamente asociado a su pensamiento, le ha visto trabajar y en su compañía ha trabajado.

“Ha contribuído a la redacción y a la nítida corrección de las obras que han llevado más allá de nuestras fronteras y de los mares el distinguido nombre que guarda. Su presencia en el hogar ha significado energía y armonía, alto y noble predominio, jamás un obstáculo para la prosecución de los ideales de su marido.

“Su ternura de infinita bondad, de juventud y de inagotable

constancia, harán saludable y fácil por largos años la labor intelectual a que se ha consagrado el señor Medina.

“*Amor laborque felicitas vitae* ha sido el lema que les ha unido y guiado en la gloriosa y laboriosa senda de su existencia”.

Esto está escrito en 1907.

Hace 19 años, en 1933, fallecido Medina y viva todavía doña Mercedes, yo había escrito:

“Es evidente que el año 1886 marca en la vida de Medina el punto medio exacto de una nueva orientación en su carrera de historiógrafo. Hasta entonces su obra aparece exclusivamente consagrada a ilustrar la historia de su patria. El deseo de Medina, su aspiración más vehemente, lo que podría decirse era su ideal, no era otra cosa que la de escribir una historia general de Chile durante el coloniaje...” Sin embargo, y sin dejar ni por un momento de mano sus labores de la historia de Chile, Medina abarca repentinamente toda la historia general del continente y la local de cada uno de sus países. Esta violenta evolución de Medina en el campo de sus estudios, es la obra de una mujer. Clotilde de Vaux inspiró a Augusto Comte la sociología, sacándolo de la especulación filosófica de ideas sin mayor originalidad en su tiempo. Mercedes Ibáñez de Medina, la esposa del historiador, es quien le abrió al erudito el horizonte y lo empuja a llevar a cabo el plan americanista de sus estudios. Su influencia fué decisiva en Medina.

“Las mujeres chilenas del tiempo de la señora de Medina, no valían mucho, en general, por su cultura ni por la perspicacia de la inteligencia. Eran aptas para ser fieles y cariñosas esposas, tiernas y sacrificadas madres en esta tierra que fué hogar de purísimas virtudes.

“Una mujer chilena de la segunda mitad del siglo XIX, vivía intelectualmente divorciada del esposo cuando éste lo era. No había para ella más que la casa, la familia y la iglesia. La señora Medina fué educada en otro ambiente, fuera de las fronteras patrias.

“Fué la heroína anónima de los trabajos del historiador, la ins-

piradora discreta y la colaboradora de su obra. Hay algo extraordinario en esta mujer que ahogó a veces las gracias de su delicada femineidad en el cultivo de los libros para seguir las huellas del esposo, siempre impulsándolo.

“Aquí debe recordársela con cariño y con respeto, porque acrecentó la gloria de su patria primero, y después la del grande hombre.

“A ella le pertenece, pues, una parte de ese nimbo de luz”.

Los estímulos de la señora Mercedes para variar el rumbo del historiador de las cosas de Chile hacia las de América y precipitarlo en este otro campo más amplio, partieron de la conciencia de la capacidad de Medina.

A su juicio, en la historia nacional quedaba poco que hacer.

A la fecha del matrimonio del escritor, Barros Arana había publicado siete volúmenes de la *Historia General de Chile*, que alcanzaban hasta el término de la era colonial. Volver a tratar ese período como fué la aspiración de Medina, era agregar a su nombre bien poca cosa.

La historia de Barros Arana se había impuesto como la más completa, y era, por su plan, de indiscutible mérito. Sería muy difícil superarla porque, además, la cubría el prestigio inmenso del autor.

La señora de Medina, si respetaba a Barros Arana, en el fondo de su alma no le guardaba simpatías. Los detalles que la distanciaban del Maestro venían de muy atrás, y en su ánimo obraban los recuerdos e impresiones, injustos, sobre la conducta diplomática de Barros Arana en nuestra cuestión de límites con la Argentina, en la que su padre había tenido una actuación destacadísima.

La gestión de Barros Arana había oído condenarla en su hogar. Pero reconocía que había escrito para su patria un monumento con su *Historia*, que se perpetuaría en el tiempo, en todos los tiempos.

Mujer de vistas amplias, se empinaba por sobre la gloria de

Barros Arana, a la que llamaba de fama de campanario, de aldea, como textualmente decía, aludiendo al localismo de la historia del eminente historiador.

Un libro más sobre la misma materia ¿qué iba añadir al nombre literario de su marido?

¿Rectificar la *Historia*? Era poco, y no acusaba grandeza de alma, aunque jamás —entiéndase bien— fué tal el propósito de Medina.

Para doña Mercedes, su marido debía buscar un escenario más vasto en las mismas disciplinas históricas.

Ese escenario es para ella América.

¿No tenía su esposo un plan ya trazado sobre el asunto?

Su gran mérito fué violentarlo a ponerlo en práctica de inmediato, y a ello se dedicó impulsándolo sin descanso.

Lo había sacado del campanario de la aldea lugareña, para tocar las campanas de la fama, en las catedrales de las ciudades de América. (Textual).

La influencia derivó hacia otro sentido que se reflejó en el carácter de Medina. Lo hizo más sociable, le quitó cierto temor a la vida, lo volvió más comprensivo.

La rigidez de sus costumbres se suavizaron. Se había acostumbrado a juzgar a los hombres por su propia contextura moral. Cualquier acto que desbordase las normas en que él se había educado, en que su madre lo había formado, le parecía excesivo y como el despunte de un vicio o de una mala costumbre.

El mundo en que se había desenvuelto estaba lleno de limitaciones.

La señora Mercedes, con su bondad, corrigió estas preocupaciones erradas.

En cambio, estas limitaciones desaparecían cuando se trataba de mujeres. Las pasiones amorosas, fueran permanentes o pasajeras, con arreglo a la ley o fuera de ella, las comprendía, las toleraba, las miraba con simpatías. Los errores de los hombres en estos asuntos

los perdonaba. Era porque Medina fué siempre un gran entusiasta de las mujeres, un adorador de ellas.

A los setenta y ocho años conservaba intacto el fuego de una pasión amorosa que tronchó la muerte.

La existencia del estudioso había reducido sus amistades. La señora Mercedes se convirtió en su ministro de relaciones. Aquella encantadora mujer, de bella y señorial estampa, de voz suave, dulce e insinuante, de finas y delicadas maneras, de trato y compostura de reina, que sin ser hermosa conquistaba por la atracción de simpatía que emanaba de su espíritu cordial, manejó la vida social del historiador con discreción.

Lo interesó por las visitas. Lo cuidaba en el vestir. En los viajes limaba sus nerviosidades. Se interponía entre los eruditos agrios y así obtenía, con su gracia, lo que el escritor deseaba.

La sonrisa de su rostro y la espiritualidad de su alma, fueron los instrumentos poderosos, más poderosos que el dinero y el influjo de las gestiones oficiales, los que consiguieron abrir bibliotecas y archivos.

Ella rindió las dificultades para que Medina pudiera penetrar en el Archivo Notarial de Madrid a consultar los documentos de Ercilla.

En el Museo Británico fué su trato con el personal lo que hizo poner en la mesa de trabajo de Medina lo que quiso.

Hablaba el inglés con mucho más corrección y desenfado que Medina.

La aparente dureza del trato del escritor, con su modo cortante y perentorio, era neutralizado por ella.

Siempre fué el árbitro entre los obreros de la imprenta y Medina en las dificultades.

Sin hacerse sentir, le insinuaba las inversiones de las escasas rentas del historiador y éstas fueron siempre afortunadas.

En cierta ocasión, al reconocer un error, me dijo con picaresca ironía:

“Cada vez que no sigo la opinión de Mercedita me equivoco”.

Y la señora comentaba:

“La diferencia entre un hombre inteligente y un tonto está en que el tonto las dice y el inteligente las hace”.

No he olvidado nunca este pensamiento.

En su casa atendía con la más noble distinción, desenvuelta, con una sencillez admirable.

A veces sabía que en obligadas reuniones oficiales, o simplemente sociales, su marido debía encontrarse con individuos que no le eran agradables, o que no tenían simpatías por él. Doña Mercedes se dedicaba a conversar con ellos y las prevenciones contra el historiador quedaban, como por encanto, borradas.

Era esta mujer superior la que descifraba manuscritos, la que ordenaba las colecciones numismáticas, la que corregía pruebas —las de los *Documentos Inéditos* fueron atendidas por ella,— la que leía las viejas crónicas en la pesquisa de un dato para el marido, la que ayudaba en las traducciones, la que copiaba, con manos de ángel, las firmas de los conquistadores.

En el desciframiento de unos papeles de Caboto, Medina dió por fracasada su tarea, y era un buen paleógrafo formado por sí mismo.

En el Archivo de Indias los expertos no atinaron.

Cerca de diez documentos capitales resultaban ininteligibles. Una mañana llegó Medina al hotel desesperado. El genio habíasele descompuesto. En la mesa, a la hora del almuerzo, se sintió mal humorado. Dejó los platos sin tocar, lanzándolos con despreocupación a un lado. Doña Mercedes inquirió muy diplomáticamente la causa de la contrariedad, y Medina entonces exclamó: —¡El diablo anda con Caboto! ¡No puedo ni nadie puede con él! ¡He perdido mi libro!

Doña Mercedes comprendió la tragedia.

Esa tarde consiguió entrar al Archivo a deshoras.

Pidió los documentos cabotinos, calcó las letras en un papel de

seda, las aumentó a más del doble de su tamaño, las miró a trasluz y pudo leer sin dificultad. Pero la tarea no estaba concluida. Uno de los documentos comenzaba con un signo raro que parecía una abreviatura, y era en este signo donde todos escollaban.

Doña Mercedes pidió otros de esa misma época. En éstos la letra era más clara y el tipo de la forma del encabezamiento muy parecido en su grafía a la del documento en estudio. Lo aplicó a éste y sin dificultad alguna pudo leer: "En el puerto de San Salvador, a doce días del mes de octubre de mil e quiniento e veinte nueve años, el muy magnífico señor Sebastián Caboto..." ¡La nerviosidad de Medina había contagiado a los polígrafos del Archivo! (Textual).

Un caso igual ocurrió con el proceso de Villagra.

En la corrección de pruebas, hechas por una copia del Archivo, una frase había sido mal copiada, alterándose sustancialmente el sentido de un período entero. Doña Mercedes reconstituyó la frase de acuerdo con sencillez entender, pero a Medina esa interpretación no le pareció correcta.

Esto ocurría en 1900.

Solicitada la rectificación de la copia al Archivo de Indias, la interpretación dada por doña Mercedes era correcta. (Textual).

¡Maravillosa mujer! Alma superior la suya; noble inteligencia y sutil espíritu de ternura, la que encarnaba en su envoltura física. La evoco ahora con lágrimas.

Debo insistir en deshacer la leyenda de un Medina huraño, de pasta agria, de hombre de pocos amigos, egoísta y duro.

Debo presentarlo tal como lo vi yo en la intimidad.

El juicio que se ha pronunciado sobre él, en lo relativo a su carácter, es exagerado, y lo ha inspirado cierta envidia.

Es cierto que tuvo pocos amigos.

¿La causa?

Estas páginas irán desarrollando la verdad.

Medina debió reducir sus relaciones por la naturaleza misma

de sus estudios. El fué su secretario y su editor, a la vez. A estos afanes se dió por entero.

Se impuso un método de trabajo riguroso en un plan de vida casi monástico.

Levantábase invariablemente a las seis y media de la mañana en verano. A las siete y media comenzaba a atender a los operarios de la imprenta y con ellos trabajaba hasta las nueve. A esa hora desayunaba con una gran taza de café con leche, que se hacía acompañar de un pedazo de queso campesino, tal como en la niñez, en el fundo de Chomadegüe, le regalaba la abuela.

Pasaba después a su escritorio.

Aquí escribía, ordenaba los papeles, corregía pruebas, anotaba los documentos.

Esto lo hacía hasta las once.

A esta hora despedía los operarios.

A las once y media almorzaba. Lo hacía en forma abundante, gustándole de preferencia los guisos chilenos bien condimentados. Bebía hasta dos vasos de vino.

Entre doce y media y una de la tarde. leía el diario. De una a dos recibía a sus amigos. Yo recuerdo a Valentín Letelier haberlo visto cuatro o cinco veces. A Enrique Matta Vial en muchas ocasiones. A Julio Vicuña Cifuentes con frecuencia. A Armando Donoso, con el que almorzaba con frecuencia. A Ernesto de la Cruz, de tarde en tarde. A Ricardo Donoso pocas veces a estas horas.

Domingo Amunátegui Solar era de una puntualidad matemática.

Era clásica la forma cómo se hacía anunciar.

Con su voz fuerte y entera, decía: —¿Está Medina?— y pasaba al escritorio.

Allí decía: —“¡Qué tal, qué tal!”

Medina le respondía: —“Para servir a vuesa merced”.

Este breve diálogo era de todos los días.

La conversación giraba sobre las incidencias políticas, se co-

mentaban los chismes sociales, las novedades literarias y se hablaba de historia.

A las tres de la tarde la tertulia concluía.

Medina volvía a los talleres de la imprenta. Se informaba de los trabajos y proseguía, en su escritorio, la redacción de sus escritos.

El orden más riguroso se dejaba ver. En su mesa de trabajo rara vez se encontraban libros o papeles que no estuvieran perfectamente acomodados. La mesa no acusaba la de un escritor, vuelvo a decirlo. Una cuartilla de papel colocada sobre el rodillo de la máquina, o una serie de pequeños papelitos menudamente anotados, cargados con una tijera, hablaban del hombre de letras. Las papeletas eran fichas que contenían los materiales de los trabajos. El sistema de los papelitos fué siempre usado por Medina.

Desde las tres de la tarde hasta las seis, permanecía en el escritorio, siempre que la imprenta no requiriera su presencia.

Este régimen se interrumpía cuando necesitaba ir a la Biblioteca Nacional, o al correo. La sección que más visitaba era la de manuscritos.

A las seis y media comía en el invierno y a las siete en verano. Seguía una conversación larga con doña Mercedes que interrumpíase con la lectura de un manuscrito o de una prueba.

A las diez de la noche, el mundo había terminado en esa casa.

Este género de vida cambió en los últimos años.

Así fué hasta 1917 ó 1918, más o menos.

Fué tal la labor que antes de esa fecha habíase impuesto con la publicación de sus libros, y de tal modo hubo de alejarse de todos los círculos, que le oí decir que esta absorción del tiempo le impidió ir al centro de Santiago durante dos años.

Así, la Casa Gath y Chaves, la máxima novedad santiaguina del centenario en 1910, la vino a conocer en 1912.

Eran esos los días afanosos de las publicaciones de las obras sobre las imprentas en las ciudades de América.

La casa se había convertido en un enorme fichero bibliográfico.

La sala suya de recibo estaba atestada de papeletas en las mesas, en las sillas y en el suelo. Eran las fichas y los documentos y los cli-sés de la *Imprenta en México*. El cuarto de los libros mexicanos, que mediaba entre esta sala y su escritorio, hallábase atiborrado, en las repisas de los estantes y en el suelo también, de fichas que necesitaban una redacción definitiva o una comprobación. La sala en que había estado la billa, y que hacía parte del resto de la biblioteca, parecía un laberinto.

Aquí el papel en grandes rollos para imprimir.

Allí los montones de láminas para los libros.

Más acá las barras de plomo para la fundición.

Al centro, el taller de encuadernación de la imprenta.

El salón, el gran salón de doña Mercedes fué invadido con las papeletas de la *Imprenta en Guatemala*. A un lado las fichas definitivas; a otro, las que era necesario estudiar.

¿Cómo podía gobernarse ese montón inmenso de papeles?

Sólo con una memoria prodigiosa.

Ni a su sala de recibo personal, ni a la de los libros mexicanos, ni al salón, nadie más que Medina podía entrar.

Prohibió el aseo y menos que se sacudieran los papeles.

Doña Mercedes comprendía lo que para su marido valían esos papelitos y aceptaba complacidísima esta extraña invasión.

Dueña y señora de su hogar, había sido desplazada de sus dominios.

Hasta su dormitorio alcanzó la invasión.

En él se pusieron los pliegos recién alzados de las bibliografías y en el de Medina los documentos impresos también complementarios de ellos.

En el escritorio de Medina se corregían las pruebas por inmensas cantidades.

Sólo la salita de recibo de doña Mercedes y el comedor resistieron esta invasión. (Datos textuales de Medina y de doña Mercedes).

El gato negro Mustafá, regalón del escritor solía a veces echar a perder el orden de los papeles ensuciándolos al jugar con ellos, o afilándose las garras con las papeletas bibliográficas que le habían costado duros esfuerzos del más inverosímil trabajo de erudición. Pero el gato era perdonado por estas impertinencias, pues Medina le quería.

Cuando murió, Medina lo sintió profundamente e hizo un viaje con el cadáver para enterrarlo frente a su escritorio en su quinta de "La Cartuja", en San Francisco de Mostazal.

Fueron aquellos días de una agitación febril.

Medina hacía las veces de escritor, de impresor, de cajista. Alzaba los pliegos, componía por sus propias manos en las cajas, remendaba los trozos, buscaba la armonía de los tipos, imprimía en la prensa de pedal.

Darío Mardones cargaba la palanca. Se obtenía la prueba y ahí mismo era corregida.

Otras veces se dirigía al taller de grabado.

Las láminas las revisaba Medina.

Jacobo Díaz era el grabador.

Tenía mal genio, pero era un buen hombre.

Medina en la apariencia era áspero, como hemos dicho.

Las discusiones entre Díaz y Medina se encrespaban por pequeños detalles.

—¡Déjeme trabajar, señor, y dígame si está malo cuando concluya el mono!

Jacobo Díaz abandonaba la faena y doña Mercedes le contenía.

Mientras tanto, Medina seguía con el grabado y echaba a perder la lámina.

Volvía Díaz serenado para decirle a Medina con aire de triunfador:

—¡Si el caballero debía escribir no más!

Medina refunfuñaba entre dientes:

—¡Este palurdo insolente...!

Ambos se querían, pero eran nerviosos.

Siento al escribir estas líneas una dolorosa impresión que me acongoja el alma, porque el corazón ya se rompió de pena. Hace cuatro meses vi cerca del taller de encuadernación de la Biblioteca Nacional a Jacobo Díaz.

Los años habían caído sin compasión sobre este modesto obrero del progreso de las artes gráficas de Chile.

Tenía ochenta y tres años.

Alto, flaco, me pareció una visión desprendida de la tumba.

Lo abracé.

Hablamos de Medina y de su centenario.

Lo recordó muy vivamente y evocó, con voz estremecida, a doña Mercedita.

Lloró.

Vivimos un mundo de hace más de treinta años.

Más de treinta para mí; más de cincuenta para él.

Era uno de los dos sobrevivientes que quedaban de la *Imprenta Elzeviriana*.

¿Los demás?

Darío Mardones, el más joven, se lo llevó la tuberculosis. Era el prensista.

Manuel Muñoz y Osvaldo Farías, los cajistas, habían muerto unos quince años atrás.

Fernando Guerrero, el encuadernador, falleció trágicamente.

Bernardino Casanueva, el muchacho de los mandados y el que hacía el aseo de la imprenta, se había expatriado en 1923 en busca de horizontes más propicios para su trabajo, sin que nada se haya sabido de él.

Las ayudantas del encuadernador, Teresa Peñafiel y Amanda Carvajal, habían pago su tributo a la vida.

Quedaba sólo Jacobo Díaz.

Se preparaba para conmemorar el Centenario del nacimiento de su patrón. Hace cuatro meses que ha muerto.

Desapareció uno de los héroes anónimos de las jornadas heroicas de trabajos de Medina.

¡Era bueno el señor! ¡Que querer tanto a misia Mercedita! me dijo al despedirse... y para siempre.

Todavía vive entero y lleno de vida, con setenta y tantos años, Pedro Correa Meneses.

He aquí sus recuerdos sobre Medina que escribió a petición mía. Los recojo como un homenaje a los obreros de la imprenta en Chile:

Reminiscencias de don José Toribio Medina

“Creo no equivocarme al aseverar que soy el único sobreviviente de los que trabajamos en la imprenta *Elzeviriana* del egregio ciudadano don José Toribio Medina, ubicada en la calle 12 de Febrero.

Don Mauricio Pino Bustos y el que esto escribe, trabajamos en los dos últimos tomos de la obra *Imprenta en México*, además de otras obras que solía intercalar.

Según decía don José Toribio en esa obra había demorado doce años en escribirla y otros doce en editarla.

La imprenta era completa, tenía toda clase de tipos, como ser: cuerpos 6, 8, 10, 12 y titulares, todo en abundancia.

Además de nosotros trabajaba como prensista en una *Mari-noui* el viejo Lastra, como cariñosamente le llamábamos.

Cuando don José Toribio estaba de humor, le ayudaba al prensista a dar vueltas a la rueda, y otras veces nos ayudaba a nosotros a compaginar sus propias obras y había que ver con qué maestría interlineaba y cortaba páginas.

Era don José Toribio una persona de gran empuje: desde las nueve de la mañana hasta la hora de comida se le encontraba en su escritorio trabajando sin cesar, escribiendo simultáneamente tres obras, disponiendo de dos o tres horas para cada una: solamente

interrumpía su labor cuando iban a visitarlo sus amigos predilectos don Valentín Letelier o don Domingo Amunátegui Solar.

Cuando yo me dí cuenta de la capacidad intelectual del caballero fué una vez que tomó un libro inglés y con la ligereza que compone un cajista, empezó a dictarme castellano.

Una vez terminada la *Imprenta en México* quiso don José Toribio que continuáramos con el *Cabildo*, obra escrita con pluma de ganso en castellano antiguo y en verdadero pergamino.

Comprendimos que no era tarea para nosotros, porque equivalía más que aprender un idioma de los conocidos y rehusamos continuar en el trabajo. Entonces mandó ejecutar en la imprenta *Universitaria* de la calle Bandera, pero ahí tropezó con mayores dificultades. Hasta que el dueño de la imprenta envió un dactilógrafo y don José Toribio tuvo que darse el trabajo de dictarle la obra completa; así pudo darle cima a la obra emprendida. Con esto dió por terminada su imprenta, pues la vendió y nosotros fuimos los últimos que trabajamos en ella.

Como patrono fué muy bueno, jamás faltó el dinero y nos trataba paternalmente; en tal forma que cuando nos despedimos, nos dijo: "que les vaya bien, hijos".

Estando nosotros todavía ahí, llegó un señor de Colombia para ver modo de adquirir un librito de unas 100 páginas en 16 que no existía ni en la Biblioteca de Wáshington. No pudiendo conseguirlo se vió obligado a fotografiarlo página por página.

Don José Toribio en la intimidad

"Le gustaban mucho las frutas del tiempo, las frutillas, las naranjas, etc. El vino le gustaba muy poco; una botella podía durarle una semana, a pesar de ser de su propia cosecha, pues poseía una quinta en San Francisco de Mostazal llamada *La Cartuja*. Esa quinta se la había dado a medias a un francés que la explotaba.

Entre otras cosas decía don José Toribio que tenía un reloj he-

cho en Inglaterra por el fabricante de los que existen en las torres de Londres.

Además tenía dos gatos: el *Quico* y el *Caco*, y le decía a uno: "Coquito tu retrato está en Londres, y era que él se había hecho retratar en su escritorio con el gato al lado y había enviado una copia a la "British Library" de Londres.

También tenía don Toribio una costumbre bastante rara: le gustaba comer con una vela encendida a pesar de tener una hermosa lámpara a gas con cristales.

Para terminar pido perdones por lo que me he extendido en esta narración, pero creo aportar con este modesto grano de arena a la divulgación de la figura excelsa de nuestro más grande poligloto e historiador.—*Pedro Correa Meneses*".

Vinieron los días ercillanos.

Fueron los consagrados a la redacción e impresión de la monumental edición de *La Araucana*.

Cinco volúmenes en medio folio.

Medina redactaba al mismo tiempo que imprimía.

No tuvo un momento de reposo.

La impresión de los documentos fué desesperante.

Las copias de los manuscritos hechas en Madrid resultaron ilegibles para los cajistas.

Medina debía dictar —así como suena— páginas enteras, o componerlas por sus manos.

Sé, porque el dato me lo dió y yo lo apunté, que en el tomo de los *Documentos* de Ercilla, las páginas 75 a 306 están compuestas en las cajas por él.

Me expresó que los dos cajistas se enfermaron y para no atrasar la obra se hizo *operario*.

Trabajaba desde las siete hasta las once de la mañana, y en la tarde desde las dos hasta que oscurecía.

Era pleno invierno. En los altillos del segundo patio de la casa

en que funcionaba el taller de imprenta, hizo colocar un brasero. El trabajo abrumador lo debilitó y le produjo un fuerte resfrío que fué el antecesor de una pulmonía de más tarde.

Pero he aquí un dato que ilustra su carácter. El patrón, de acuerdo con el sistema de entonces, en caso de enfermedad del operario, no estaba obligado a proporcionarle su jornal. El dinero que había economizado en los dos cajistas lo obsequió a doña Mercedes para que se comprara un vestido, y a éstos les pagó íntegramente los días de trabajo.

Medina decía que las páginas compuestas por él de los *Documentos* ercillanos, eran las más caras que tipográficamente había pagado en su vida: le costaron una pulmonía, un vestido para su señora y los jornales de los operarios. ¡Y métase usted a impresor! decía con risueña alegría.

Otros quebrantos resultaron de la impresión ercillana.

Un día sábado se encontró Medina sin tener un sólo centavo con qué pagar a los operarios.

Esperaba de sus librereros Hume Walker el resultado de la venta de algunos de sus libros. Hume no pudo cumplir, porque con él tampoco habían cumplido.

Y lo que era peor, no tenía en caja ese día sábado dinero que anticiparle.

¿Qué hacer?

Era el momento el que afligía.

Salió desesperado a la calle en busca de un amigo.

La suerte quiso que tropezase con Enrique Matta Vial, entonces Subsecretario del Ministerio de Instrucción, y un animador eminente de la vida intelectual de Chile.

Matta Vial comprendió en el acto el duro trance del historiador, y allí mismo, en la calle, le facilitó quinientos pesos. Por eso, la obra le fué consagrada.

Para el temperamento de Medina este simple accidente, tuvo importancia en su vida.

Lo que le dolió fué pedir un favor; lo que le lastimó, fué la posibilidad de no dar cumplimiento a su compromiso y, sobre todo, con sus obreros.

Era en este sentido, en el del respeto a la palabra empeñada, de un orgullo, de una conciencia, de una rectitud que llegaba a la exageración.

No tuvo jamás una deuda.

La herencia de la enseñanza de los padres obraba como un mandato.

A partir de este suceso, que lo desmoralizó, pensó sinceramente en abandonar las tareas de editor, y en vender la imprenta. Desde esta fecha también se desinteresó por obtener del Gobierno los fondos necesarios para la publicación de los *Documentos Inéditos*, que infructuosamente gestionaba desde 1902, en que publicó el último volumen, el 30.

Sintió como una especie de hastío por su labor de editor.

Nos estamos refiriendo a 1912. La prensa la redujo únicamente a publicar sus libros. Pero éste fué un eclipse pasajero.

Debe anotarse, sin embargo, que desde 1916, la "producción mediniana", no sigue el rápido impulso anterior. Va sólo completando el ciclo de su plan.

En 1918, esta situación hizo crisis definitiva.

Ese año fué de un género de lucha social que no se conocía en Santiago.

Los obreros comenzaron las exigencias de alzas de jornales.

La *Imprenta Elzeviriana* sintió el tumulto de las agitaciones y de las exigencias.

En 1919, el propósito de Medina de cerrar la imprenta y de venderla, estaba decidido.

La última publicación salida de su imprenta fué el libro *Bartolomé Ruiz de Andrade, primer piloto del Mar del Sur*. En el colofón dejó constancia de su decisión.

Yo escribía entonces en la *Revista Chilena* de Enrique Matta Vial y allí dije acerca de esta resolución de Medina:

“¿Será cierto, como dice Medina, muy sucinta y brevemente, en el colofón de esta obra, que es la última impresa en su propia imprenta y el antepenúltimo de todos sus libros, como después, me lo ha confirmado, personalmente?”

Así fué: ese año 1919 la *Imprenta Elzeviriana* fué vendida al impresor Juan Borchert, que tenía la de “El Globo” en la calle San Isidro, a la entrada.

La venta de la imprenta permitió a Medina no sentirse esclavo de una empresa que había constituido siempre una gran preocupación y una lucha diaria.

Ella le agostó la posibilidad de un hijo, como fué el deseo íntimo de este hogar. Recordaba que en una ocasión se hirió en forma grave una mano con la prensa y como de la herida brotara abundante cantidad de sangre, el espectáculo impresionó fuertemente a doña Mercedes, que se encontraba encinta, y abortó. No se recuperó ya más. (Confirmado por doña Mercedes).

Las aficiones por las artes mecánicas que demostró en sus primeros años y de que ya hemos hablado, se habían volcado de preferencia en las del arte de imprimir. Medina había sido, en efecto, un consumado impresor y un diestro tipógrafo. Conoció a la perfección todo el engranaje de una imprenta, cuanto se relacionaba con el grabado y el fotograbado. La primera imprenta que tuvo fué una de mano y la adquirió en París en 1884. En ella imprimió por sus propias manos el *Catálogo de su Biblioteca Americana* en cuyo pie de imprenta se anota *Typis Autoris*. Después compró la prensa para la de *Ercilla* que mantuvo hasta 1919. En el tercer viaje a Europa, enamorado ya del arte tipográfico, hizo fundir tipos que en lo posible imitaron los de aquellos célebres impresores *Elzevires* que dieron a los incunables españoles tanto rango en el arte de la composición.

Cuando llegó a Santiago con la dotación completa de estos ti-

pos, cambió el nombre de la *Imprenta Ercilla* por el de *Elzeviriana*. Le oí decir que la prensa de su imprenta le acompañaba por espacio de treinta años, y como esto lo afirmaba en 1923, debió haberla adquirido probablemente hacia 1893.

Las ediciones de los libros de Medina pueden presentarse como la expresión de un hombre de gusto tipográfico. Son limpias, severas, nítidas. Los tipos se encuentran combinados con elegancia, los amplios márgenes dan a sus libros la presentación de los viejos incunables.

Ningún secreto tenía para él el arte tipográfico.

En 1923, Medina me manifestó que entre la *Biblioteca Hispano-Chilena*, la *Biblioteca Hispano-Americana* y los cinco volúmenes de la edición monumental de *La Araucana* de Ercilla había consumido ochocientos mil pesos.

Cuando se deshizo de la *Imprenta Elzeviriana* en 1919, sus editores, para las obras que escribió posteriormente fueron casi siempre, don Mariano Valenzuela Basterrica, socio de la vieja *Imprenta Universitaria* y don Carlos George Nascimento, el benemérito propietario de la Editorial de este nombre, a quien tanto le debe la cultura chilena en la difusión del libro nacional. Con estos dos editores, verdaderos maestros en la tipografía, lo vi discutir las condiciones técnicas de sus libros. Medina ordinariamente los vencía en estas conferencias; objetaba los puntos de vista de sus editores, les proponía soluciones a los problemas que le presentaban: les daba en fin, las indicaciones que ellos no habían previsto. Y debo decir que tanto don Carlos George Nascimento como don Mariano Valenzuela son en Chile, tal vez, los hombres que más saben en materias de imprenta, mejor dicho, los que tienen por su arte verdadero amor que está muy por encima del interés comercial.

Medina se aficionó a los trabajos de imprenta cuando publicó la *Historia de la Literatura Colonial* en la imprenta del Mercurio en 1878, que entonces era de E. Undurraga. Era muy amigo con este editor, quien le dejó carta blanca para la impresión del libro. Me

dijo que en las cajas había levantado los tipos para componer muchas páginas y que el anexo bibliográfico que lleva la obra fué todo distribuído por él. Perfeccionó sus conocimientos tipográficos en Sevilla con el impresor Rasco que en 1893 le publicó el pequeño librito intitulado *Catálogo de los libros cuya descripción bibliográfica solicita J. T. Medina*. Rasco se convirtió en su editor en España y él fué quien le indujo a tomar como modelo los tipos para su Imprenta, los llamados "elzevires". Entonces, como he dicho adquirió, la prensa en París y mandó fundir los tipos para la segunda imprenta, como también aquellos que representaban los caracteres de los libros de la vieja tipografía española.

En 1929 encontrándose en Nueva York como delegado de Chile al Congreso de Americanistas, compró una máquina de escribir portátil Underwood a la que hizo agregar todos los signos bibliográficos que creyó más conveniente incluir para sus futuros trabajos. Pocas veces he visto un hombre de su edad, tenía 77 años, más contento con su máquina dotada de estos elementos. Cuando hablaba de ella o la mostraba sonreía con satisfacción y al usarla lo vi entretenerse con ella como un niño con un juguete.

El alma de Medina sentía verdaderas emociones con estas cosas sencillas, y esas emociones siempre me parecieron ingenuas y candorosas.

Las mismas le vi expresar en sus últimos años cuando paseándonos por el bosquecillo de la quinta veraniega de *La Cartuja*, descubría algún insecto que mejoraba los de su colección, que allí guardaba con gran celo y que cada cierto tiempo revisaba con sumo cuidado.

Estas íntimas satisfacciones alegraban su vida muy profundamente.

Al sentirse liberado de la imprenta y un tanto más aliviado de sus tareas intelectuales, había ocurrido un fenómeno perfectamente bien explicable en el campo social en que Medina se movía.

Los largos encierros del estudioso y los cuidados de la imprenta,

insensiblemente lo habían alejado de muchas de sus relaciones, a pesar de los esfuerzos de doña Mercedes de renovárselas.

Los hombres hacen sus amistades en las calles, en las oficinas, en el club, en el contacto diario.

Medina se había recluso para cumplir un plan de trabajo. Cuando quiso llevar la vida ordinaria de todos los hombres y volvió a un mundo activo, se dió cuenta, con pena, de que estaba algo aislado.

Muchos de los amigos de su generación habían desaparecido.

Los había visto irse en medio de sus afanes de investigador, de escritor y editor.

No se dió cuenta entonces del hecho.

El mundo de los afectos de los hombres de su tiempo habíase reducido demasiado. Valentín Letelier era de su misma edad; el doctor Emilio Puyó Medina, un poco menor; Gonzalo Bulnes, un año mayor; Domingo Amunátegui, ocho años menor; Julio Vicuña Cifuentes, lo mismo; Ramón A. Laval, le llevaba bastante delantera. Crescente Errázuriz lo aventajaba en cerca de veinte años; Enrique Matta Vial le llevaba bastante diferencia.

De sus compañeros de Universidad, pocos eran los que se sentían atraídos a sus disciplinas: Ventura Blanco Viel, Federico Errázuriz Echaurren e Ismael Tocornal, se habían consagrado a la política. Carlos Varas Herrera y Neftalí Cruz Cañas, a la judicatura.

En todo caso, sus demás compañeros de colegio, en otras actividades, no daban valor a las suyas, y lo que era peor, Medina bien poco había hecho, por las razones expuestas, en acercarse a ellos.

Lo distinguían, es claro, con una respetuosa consideración.

Pero no lo consideraban como una gloria nacional. Para la mayor parte de sus conciudadanos Medina no representaba nada más que un editor de viejos libros.

El Gobierno, sin mayor largueza, lo había ayudado en sus publicaciones, por una especie de decoro nacional ante la admiración que su tarea despertaba en el extranjero.

En el Ministerio de Instrucción Pública encontró de Subsecretario a Enrique Matta Vial, que le dió un apoyo amplio e incondicional.

Los Presidentes Santa María, Balmaceda, Errázuriz Echaurren, Riesco y Pedro Montt, lo habían comprendido en sus preocupaciones intelectuales, porque eran cultos.

En el caso de Errázuriz Echaurren, obró la amistad personal.

Los buenos deseos de aquellos mandatarios se mellaban en el Congreso Nacional.

Allí el nombre de Medina no decía nada para la mayoría. La turbamulta parlamentaria lo ignoraba.

Medina era orgulloso y le repugnaba solicitar favores.

Le parecía irritante mendigarlos.

Se había formado en una escuela en que el primer artículo del código de su conducta personal, estaba escrito con estas palabras: "deberse a sí mismo".

Eran las lecciones del hogar.

Había en su concepto, una indelicadeza en estas indignas solicitudes.

Domingo Amunátegui Solar y Osvaldo Rengifo, el primero Decano de la Facultad de Humanidades y el segundo Rector de la Universidad de Chile, cada cierto tiempo, tenían que empeñarse para que a Medina no se le restase del presupuesto nacional la exigua subvención para sus publicaciones.

Por otra parte, y aquí el orgullo se exaltaba a la indignación, Medina era, al finalizar el siglo XIX, el primer americanista y se le reconocía en el mundo europeo y norteamericano como una autoridad indiscutible en las ciencias históricas.

Del extranjero había venido su fama a golpear las puertas de su patria.

España, en plena juventud, le dió asiento en las tres academias que representaban su cultura vernácula: la de la Lengua, la de la Historia y la de Buenas Letras de Sevilla.

Los países hispanoamericanos lo habían colmado de distinciones. La República Argentina lo miraba como uno de sus hijos.

En los Estados Unidos, Medina era un portento extraordinario de la humanidad.

Nada de esto habló a sus conciudadanos.

Barros Arana se había negado a publicarle un estudio en los *Anales de la Universidad* por diferencias políticas.

Medina fué partidario de la causa de Balmaceda y el autor de la *Historia General de Chile*, su enemigo irreconciliable.

A pesar de esta conducta de Barros Arana, Medina no sintió distancia por él. Se le imponía el recuerdo del Maestro. La *Historia de la Inquisición en Lima*, se la consagró respetuosamente. Le estaba agradecido, por otra parte, por los juicios favorables y llenos de esperanzas que le escribiera sobre sus libros de juventud. El suyo no era el de doña Mercedes. Lo respetaba. Cuando Víctor M. Chiappa trabajaba la bibliografía de Barros Arana, en 1906, en una carta le dice que está dispuesto a ayudarlo y que le puede dar algunos datos muy útiles.

Lo llamaba en carta de 9 de noviembre de 1906 —fallecido ya don Diego— “nuestro gran historiador”.

Yo nunca le oí un juicio siquiera adverso a Barros Arana.

Pero estaba convencido de que algunos de sus discípulos —que ahora no quiero nombrar—, por halagar al Maestro, le habían hecho un gran mal menospreciando sus libros y atacándolos siempre de soslayo.

Yo creo que en este punto exageraba.

En cambio, fueron siempre fervorosas las palabras de elogio para Vicuña Mackenna como escritor y como amigo.

Poco tiempo después de fallecido el autor de la *Historia de Santiago*, en una carta escrita en marzo de 1888, comentando su desaparición lo llamaba *su segundo padre*.

Al informar a la Universidad la *Historia de la Literatura Colonial de Chile*, Vicuña Mackenna saludó en Medina como llamado a

una situación intelectual superior en Chile; y cuando comentó *Los Aborígenes de Chile*, dijo que ese libro descubriría a un hombre de ciencia eminente en América.

Vicuña Mackenna lo comprendió, y con su intuición, vió una gloria universal.

Lo impulsó en sus afanes, y esto nunca lo olvidó, cuando comenzaba como escritor a dar los primeros pasos .

La fe que no había encontrado en su padre, se la había dado Vicuña Mackenna.

¿Están de más esas evocaciones?

Las he traído en estos recuerdos solamente para deshacer juicios equivocados y explicar mejor algunas particularidades del carácter de Medina.

Los odios de los eruditos son activos, violentos y enconados.

Parecen postemas que contienen un pus hediondo.

El erudito es miope; no sabe de la alegría del vivir y su mundo no es otro que aquel del dato que ha descubierto, y con el cual cree transformar la historia. Si supiera que ese dato carece de importancia si no es relacionado con el conjunto de los impulsos pasionales que mueven la vida, no sería insidioso.

La costra que cubre las pestilencias de la herida que encierra la incomprensión, desaparecería al calor de la existencia que es resolución creadora, fervor de ver resplandecer la verdad y conciencia de la imparcialidad intelectual.

El mundo de los eruditos se desenvuelve en una rivalidad de datos tan insignificantes, que los asemeja a los eunucos incapaces de concebir nada con sus propios aportes.

Medina no era así.

Lo más interesante de su personalidad es la fuerza avasalladora de una voluntad para dar forma a lo que ha concebido.

Es la pasión de hacer.

Puedo afirmar que nunca vi que Medina alimentara pasión

malsana. Tenía odios; sentía simpatías y antipatías, pero era franco y no sabía del disimulo.

Recuerdo algunos casos que demuestran su elevado carácter.

El prebistero Luis Francisco Prieto del Río, un buen hombre que se transformaba en balitre dañino en cuanto tomaba la pluma, atacó con extrema violencia el *Diccionario Biográfico Colonial de Chile* que es, sin duda, la obra más débil de Medina en cuanto a la verificación de los datos documentales.

Muchos años después me confesó no haber leído aquel panfleto, y me dijo:

Ese fraile sabe mucho. Yo no he leído el folleto que buscas. Debo decirte que tengo por sistema no volver sobre mis libros. Allí el tiempo dirá si son buenos o malos”.

Con Alejandro Fuenzalida Grandón las relaciones andaban mal por ciertos ataques a uno de sus libros publicados al terminar el siglo pasado.

Medina tenía la idea fija de que Fuenzalida Grandón había contribuido a paralizar la publicación de los *Documentos Inéditos*. Y en eso había algo de verdad.

Muchos años después, Fuenzalida Grandón publicó un brillante artículo sobre el historiador en forma espontánea y sin reservas.

Me hizo escribirle una carta instándolo, como cosa mía, a conocer la Sala Medina. Debía yo aprovechar esa oportunidad para enviarle de obsequio el *Catálogo de la Biblioteca Medina*.

Supuse que Medina trataría de decirle a Fuenzalida Grandón algunas claridades. Había sido mi profesor y yo lo estimaba.

Fuenzalida Grandón hizo la visita y Medina lo recibió con todo afecto.

Le agradeció el artículo y hablaron de cosas literarias de otro tiempo.

En ese momento, Fuenzalida Grandón quiso recordar las incidencias pasadas. Pero Medina cortó la conversación con sólo esta frase:

“Estamos los dos, mi amigo, en otro camino ahora. Aquello ya pasó y para siempre”.

No le dijo más.

En el curso de la charla, y a propósito de Federico Errázuriz Echaurren, recordó Fuenzalida Grandón que Barros Arana había escrito unas memorias acerca del gobierno de aquél. Le preguntó a Medina si tenía noticias de ellas y Medina declaró ignorar su existencia, *porque —dijo— desde el año ... (no lo recuerdo) no tenía frecuencia con don Diego.*

Luego, derechamente, lo interrogó:

“Sé que usted tiene un ejemplar de mi *Imprenta en Santiago*, con muchas anotaciones y rectificaciones.

“¿Sabe usted que me gustaría conocerla para citar las cosechas de usted, como suyas, naturalmente, en las *Adiciones y Ampliaciones* que preparo?”

Al día siguiente Fuenzalida Grandón le envió el ejemplar de obsequio. Está en su Biblioteca.

La amistad con el General Mitre tuvo un pequeño eclipse. Este tuvo conocimiento de los documentos encontrados por Medina sobre Juan Díaz Solís. El General se los solicitó en circunstancias que el libro de Medina estaba terminado (1897).

Medina debió excusarse muy cortésmente, pero Mitre creyó ver en esta actitud la pequeñez de un erudito.

A la verdad, la imprudencia era de Mitre. Y a propósito de cosas argentinas. Al publicar en Buenos Aires, en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Buenos Aires, el *Diccionario de Anónimos y Pseudónimos*, un señor Victorica lo atacó con injuria. Yo salí en su defensa. Esto ocurría en 1929, un año antes de su muerte. Este ataque lo impresionó. Le dolió viniera de la Argentina. Quería a este país como a su segunda patria. Le estaba agradecido por las atenciones que le dispensó durante su destierro en 1891.

Fuera del dolor íntimo, no tuvo gesto alguno de protesta.

Tampoco pude darme cuenta que en su alma se anidara el egoísmo.

Enrique Matta Vial recibió de sus manos preciosos documentos de su archivo para llenar varios volúmenes de la *Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile*. Domingo Amunátegui Solar pudo escribir los *Mayorazgos y títulos de Castilla en Chile y Las Encomiendas Indígenas*, sobre el respaldo de los papeles facilitados por Medina y que no habían sido publicados. Tomás Thayer Ojeda, Crescente Errázuriz, Joaquín Santa Cruz y cuantos quisieron, pudieron consultar su archivo.

Yo solía enviarle mis alumnos del Instituto Pedagógico, del Departamento de Historia, para que los ayudase con algunas indicaciones en las memorias de prueba. Los atendía con solicitud y cariño.

¿Pudo ser egoísta un hombre que publicó todo para otros y que, en último término, se reservó la gloria de ser editor?

¿Es egoísta el hombre que en vida entregó lo que más quería, su Biblioteca, para que otros disfrutasen de su riqueza?

Medina pasó de una generación a otra, de la de 1880 a la de 1920, sin comprender los cambios que se habían introducido en las costumbres. Se quedó con las de su tiempo.

Ello fué la consecuencia de su aislamiento debido al trabajo y de la tendencia conservadora irreductible de sus hábitos.

Las horas de almuerzo, de comida, las del trabajo, las cortas expansiones del teatro y la ópera, la tertulia literaria y social, dentro de su círculo, fueron exactamente siempre las mismas. Apenas doña Mercedes rompía esta monotonía con algunas innovaciones.

El cine le atrajo grandemente. Acompañaba a doña Mercedes en las tardes y con este entretenimiento gozaba. Pero ella le duró poco tiempo. Doña Mercedita comenzó a perder un poco la vista y no le fué posible concurrir ya más al teatro. Medina entonces le consagraba a su mujer estas horas en la casa.

Todos los años se abonaba a la ópera indefectiblemente, a las funciones de la tarde. Era una afición de juventud, que doña Mer-

cedes compartía ampliamente. Juntaba los libretos de las representaciones y ellos forman en su Biblioteca un solo material para reconstituir su historia.

Era un apasionado del arte dramático.

Le gustaba jugar al billar y de las cartas prefería la brisca rematada.

Una de sus distracciones domingueras más agradables era de asistir a las carreras hípicas. Jugaba con gran parsimonia.

Era aficionadísimo a las riñas de gallo.

En 1923, le acompañé a uno de estos espectáculos en el barrio de Independencia, muy adentro.

Allí vivía un gallero llamado Santos La Cristala.

Este nombre no me era desconocido, porque en la campaña presidencial del año 1920, sonó mucho como agente electoral de Barros Borgoño, es decir, como un reclutador de gentes.

Se decía que era un hombre siniestro. Grueso, fornido, entrado en años, en realidad, el aspecto no daba la impresión de mucha paz.

Me llamó profundamente la atención la familiaridad con que se entendía con Medina en lo de los gallos.

Ahí mismo yo debía recibir una sorpresa.

La del lenguaje que usaba en términos que nunca había oído y que era propia de esa gente.

No entendía nada, por cierto.

En el redondel o pista, se expresaba en términos incomprensibles para mí. Después le pregunté por qué sabía tanto de estas cosas y me manifestó que en su juventud, en el fundo de su abuelo, en Chomedagüe, había aprendido el arte de ser gallero, y que hasta había compuesto una especie de diccionario de la gallomaquia. Me parece recordar que ese diccionario lo obsequió a Julio Vicuña Cifuentes o a Ramón Laval.

Yo no lo vi nunca.

Estos gustos hablaban del viejo Chile que Medina alcanzó a vivir.

En las tardes de verano cuando iba a la Biblioteca Nacional, antes de entrar a la Secretaría, se hacía servir una taza de mote con huesillos. El motero era un hombre conocido del personal del servicio. El pan amasado, la comida criolla, los aliños, tenían especial preferencia en su menú.

Las mujeres lo atraían, como he dicho.

Estando en París en 1929 visitó los cabarets como un mozo de veinte años. En Nueva York, en ese mismo año, cuenta Ernesto Montenegro, antes de ver bibliotecas y archivos, se fué a la calle a mirar las niñas.

Sus lecturas hacia esta época de 1920 habían cambiado. En la sección Lectura a Domicilio de la Biblioteca Nacional, a Rafael Larraín y a Jorge de la Cuadra —viven— les pedía novelas “picantitas” o “fuertoncitas”.

Se había operado evidentemente un cambio.

Su gran obra estaba realizada casi íntegramente. Disponía ahora de más tiempo.

Las horas de almuerzo y de comida eran más tarde. La puerta de calle ya no se cerraba a las seis de la tarde.

A las ocho de la noche el farol alumbraba el zaguán y proyectaba sus luces mortecinas sobre la mampara de vidrios azules, amarillos y rojos.

No había obreros en la casa, factor fundamental en la modificación de las costumbres del hogar.

Siempre fué muy parco en las invitaciones. El hogar era sagrado y sólo a los amigos verdaderamente tales lo ofrecía en la intimidad, porque esa era la manifestación de una gran confianza. Era un verdadero honor el que se hacía. En este sentido, era protocolar y hasta estirado.

Doña Mercedes era más amplia.

Un día, sin embargo, todo esto fué barrido con cierto estrépito.

Su cuñada doña Clorinda Ibáñez de Martín, la hermana menor

de doña Mercedes, y a quien Medina quería con debilidad por su simpatía, inteligencia y espíritu diáfano, decidió cambiar el ritmo apacible de la casa. Doña Mercedes estaba en el juego.

Al contacto de esta mujer, risueña y alegre como una castañuela, los hábitos se transformaron. Medina sintió el imperio de esa alma joven y dejó hacer.

En la vieja casona se oyeron los ecos rumorosos de sus carcajadas y hasta los libros se estremecieron de alegría en las estanterías. Las amistades de doña Clorinda pasaron a ser las de Medina y los amigos de Medina fuimos todos conquistados por esa mujer encantadora que buscaba para doña Mercedes, bastante mal de la vista, algo más alegre.

Buenos tiempos aquéllos.

Del grupo que alternaban con más frecuencia ahora su hogar recuerdo a Samuel Ossa Borne, al doctor Aurelino Oyarzún, Ricardo E. Latcham, Emilio Vaisse (Omer Emeth), Aníbal Echeverría y Reyes, Ricardo Dávila Silva, Miguel Luis Rocuant, Tomás Guevara, Tomás Thayer Ojeda, Ernesto Greve.

De los jóvenes de entonces, diré ahora, Ernesto de la Cruz, Eugenio Orrego Vicuña, Armando y Ricardo Donoso, Ernesto Galliano, Ricardo Latcham, Osvaldo Vicuña Luco y yo. Le visitábamos en su casa. Otras veces le encontrábamos en la tertulia de la Joya Literaria de Carlos Baldrich y cuando esta empresa liquidó, la tertulia se trasladó a la Librería Nascimento.

A la tertulia de la Librería Miranda rara vez concurría y cuando iba a ella era para hablar con Enrique Matta Vial sobre asuntos o proyectos relacionados con la *Revista de Historia*, que aquél había fundado en 1911.

Nosotros los jóvenes admirábamos a Medina con esa sinceridad que nace en el alma por todo lo grande.

Nos parecía su caso portentoso, e inconscientemente lo asociábamos al de Menéndez y Pelayo.

Había orgullo cuando hacíamos esta comparación.

Nuestro patriotismo se fortificaba con esta gloria nacional, tan nuestra, tan inspiradora como ejemplo de trabajo y de devoción al estudio.

El, en su sencillez, sin embargo, parecía no darle importancia a esta nuestra veneración.

No era la suya una postura afectada.

Nacía del fondo de su temperamento.

Un día, en un almuerzo, al que invitó al cumplir setenta y cinco años, Ricardo Donoso le pidió nos mostrase la condecoración portuguesa que el Gobierno le había conferido como máxima distinción. No quería mostrarla, pero accedió al ruego sin afectación. Se la colocó a Ricardo en lugar de lucirla él.

Emilio Rodríguez Mendoza, que le conoció en Madrid cuando era Embajador de Chile, logró hacer algo extraordinario en su homenaje. Consiguió que la Gran Cruz de Alfonso XII con que lo había distinguido el Gobierno —y era la única que se había otorgado a un hispanoamericano—, le fuera entregada en una reunión conjunta de las Academias de la Historia, de la cual era también el único miembro honorario en el Nuevo Mundo, de la Academia de la Lengua y de la Sevillana de Buenas Letras. Medina enredó el asunto con varias excusas y dilaciones.

Alegó que no tenía frac.

Y un buen día se mandó cambiar a París.

La condecoración la recibió en Chile, como quería. El homenaje, me dijo, quería que se hiciera en Chile, para Chile, y no para él. Vibraban en el viejo las entonaciones de un patriotismo animoso, ferviente y superior. Quería a su tierra con estremecida adoración.

En su trato con nosotros siempre nos estaba examinando, o bien corrigiendo en las expresiones del lenguaje. La inmensa superioridad que concedíamos a su nombre, nos hacía considerar sus exámenes y correcciones con respetuosa consideración. No nos sentíamos heridos en nuestro amor propio. Agradecíamos sumisos. Parece que quería valorar la profundidad de los conocimientos y su alegría era

intensa cuando comprobaba que nuestros estudios tenían una base seria.

Después de estos exámenes, ya estábamos en el grupo de sus amigos y de sus simpatías.

Entonces se entregaba cariñoso y amable. Siempre nos impulsaba y ayudaba en nuestros trabajos.

A fines de diciembre Medina partía a su residencia veraniega de San Francisco de Mostazal. Se llamaba *La Cartuja*. Era un sitio ideal de reposo, emboscado, y cruzado por el río que allí pasa. Las casas eran amplias y cómodas. En un pequeño accidente del terreno, no lejos de las casas, brotaba una vertiente. Los convidados debían beber ahí mismo el agua de la fuente que Medina ofrecía con gran solicitud. Allí solíamos ir con frecuencia. Las horas transcurrían en una charla viva y chispeante que alegraba la conversación de doña Mercedes. Medina, por su parte, no parecía el gran historiador y bibliógrafo que era. Daba la impresión de un simple campesino. Usaba una chupalla grande de paja para protegerse del sol y una amplia blusa blanca. Tranquilidad y reposo era lo que ofrecía. Y una mesa muy bien servida alegraba a los visitantes.

En política Medina fué siempre liberal. Durante el Gobierno de Balmaceda colaboró con entusiasmo, más de bien de palabra, con su apoyo moral, a la empresa de su administración. Fué segundo Alcalde de Santiago y en ese cargo se encontró a la caída de la Dictadura. Al fusionarse el partido liberal democrático con el liberal, siguió en esas filas. Asistió en dos ocasiones a las convenciones presidenciales de su partido. No sentía ningún afecto por la política activa. Pero tenía convicciones muy profundas. En materia religiosa era prácticamente ateo. El racionalismo de su espíritu no se avenía con las creencias religiosas que necesitan de la fe en lo sobrenatural.

Dejo aquí estos recuerdos. Para el objeto que me propuse de dar idea de su espíritu, sin recargar demasiado el detalle para destacarlo, me parece que bastan.

¿He logrado mi propósito al escribir estas páginas? Ni la amistad ni la admiración han perturbado mi juicio.

En todo caso, he sido sincero y muy honrado en mis recuerdos.

Septiembre, 18 de 1952.